



FACULTAD DE DERECHO

Doble grado en Derecho y Relaciones Internacionales

**EL PROYECTO *ONE BELT, ONE ROAD* Y LA
GEOPOLÍTICA DE CHINA**

La aplicabilidad del concepto de *Smart Power*

Autor: Juan Ríos García

5° E-5

Trabajo de Fin de Grado

Tutora: Ana Trujillo Dennis

Fecha de presentación: 29 de abril de 2021

Índice

| | |
|---|----|
| 1. Introducción..... | 2 |
| 2. Finalidad y motivos. | 3 |
| 3. Estado de la cuestión..... | 4 |
| 4. Marco teórico: El Concepto de <i>Soft Power</i> y su aplicación a la política exterior de China..... | 6 |
| 4.1. Las mecánicas de poder: Orígenes, limitaciones y alternativas al concepto de <i>Soft Power</i> | 6 |
| 4.2. Análisis de la política exterior china: ¿ <i>Soft Power, Hard Power o Smart Power?</i> | 9 |
| 4.3. Las herramientas del <i>Soft Power</i> chino: confucianismo, armonía y Diplomacia Pública..... | 17 |
| 5. Preguntas de investigación. | 21 |
| 6. Metodología del trabajo. | 23 |
| 7. El proyecto <i>One Belt, One Road</i> | 24 |
| 7.1. El proyecto OBOR como eje de la política exterior de China. | 24 |
| 7.2. China y la financiación del proyecto: ¿Intereses comerciales o una forma de <i>soft/smart power?</i> | 29 |
| 7.3. Implicaciones geopolíticas y económicas del proyecto <i>One Belt, One Road</i> .35 | |
| 8. Conclusiones. | 40 |
| Bibliografía. | 44 |

1. Introducción

La República Popular de China (en adelante, China) se ha convertido en estas últimas décadas en una de las principales potencias económicas a nivel global. Su impresionante crecimiento económico en un mundo globalizado ha provocado que su sistema sea percibido como un modelo alternativo por parte de otros Estados en vías de desarrollo. Debido a estas circunstancias, China se ha convertido en uno de los principales actores en las relaciones internacionales, y su influencia es cada vez más visible en aquellas regiones donde Estados Unidos o Rusia han estado más ausentes, como es África o el Sudeste Asiático.

Sin embargo, el ascenso de China en el mundo económico no se ha visto reflejado en la sociedad internacional, en la medida que las principales organizaciones internacionales continúan respondiendo a los sistemas y valores de las potencias tradicionales tras la Segunda Guerra Mundial. Por ello, China está buscando obtener la relevancia internacional que le corresponde a través de diferentes mecánicas de poder: *Soft Power*, *Smart Power*, *Hard Power*... No existe una sola mecánica que describa las políticas y proyectos de China en la esfera internacional, sino que todas combinan diferentes figuras con el objeto de tener el mayor éxito posible.

El proyecto por excelencia de la política exterior de China en la actualidad es el proyecto *One Belt, One Road* (OBOR), que busca conectar Europa con China a través de rutas comerciales terrestres y marítimas que recorran la mayor cantidad de Estados posibles, con el objetivo de crear un crecimiento económico extraordinario. Para ello, ha creado grandes fondos de inversión que financiarán el proyecto y ha logrado atraer la atención tanto de países en vías de desarrollo como de las principales potencias de Europa y Asia. Sin embargo, existe una gran reticencia por parte de la comunidad internacional a confiar plenamente en China respecto de sus verdaderos objetivos geopolíticos y estratégicos que pretende alcanzar a través de este proyecto.

En consecuencia, China ha adoptado un discurso destinado a mejorar la imagen que se tiene del país asiático en el exterior, y mejorar así la opinión pública en relación con el proyecto OBOR. El *Soft Power* de la política exterior china está a máximo rendimiento, al mismo tiempo que observamos mecánicas coercitivas en la realización de este

proyecto. Por estos motivos, en el presente Trabajo de Fin de Grado se pretende analizar las mecánicas de poder aplicables a la política exterior china y, más concretamente, al proyecto OBOR. Además, se analizará con detalle el proyecto en sí, con el objeto de determinar los verdaderos objetivos de carácter geopolítico y estratégico del mismo y poder, así, calificar a nivel teórico cómo se debe considerar a este proyecto desde la perspectiva académica.

2. Finalidad y motivos.

Con el imparable crecimiento económico de la República Popular de China y su correspondiente desarrollo a nivel militar y social se está produciendo un cambio en el orden internacional que hemos conocido hasta la fecha desde el final de la Guerra Fría. Ha sido un largo proceso de cambios y crecimiento que se ha fraguado durante décadas y que ha mostrado su verdadera magnitud en los últimos años. El problema es que ha sido un proceso silencioso y prolongado en el tiempo, que ha pasado inadvertido la primera mitad de la década de los 2000. Además, al igual que en otras materias, como el tejido productivo, patentes etc., los académicos chinos han recogido los conceptos teóricos desarrollados por Occidente, eminentemente liberales, y los ha tergiversado y modificado para servir a sus intereses nacionales al tiempo que mantiene una buena imagen del país.

Por ello, he considerado necesario y pertinente realizar un Trabajo de Fin de Grado sobre la política exterior china y la verdadera naturaleza y alcance del proyecto *One Belt, One Road* anunciado por Xi Jinping en 2013. Un proyecto de tales características merece tal estudio, en la medida que puede suponer una reformulación completa del orden internacional y la consolidación de una nueva superpotencia que puede llegar a superar a Estados Unidos en términos de poder económico. Las oportunidades económicas que ofrece son equivalentes a sus riesgos, y es algo que se plantea en muchas fuentes, pero sobre lo cual muy pocas de las fuentes consultadas critican como se merece. Además, el análisis de la política exterior china saca a relucir el desgaste de algunos conceptos teóricos como el *Soft Power* o el *Hard Power* ante el devenir de los tiempos y, especialmente, por la utilización de conceptos liberales y democráticos por parte de potencias autoritarias, como China.

3. Estado de la cuestión.

El proyecto *One Belt, One Road* ha despertado un enorme interés en la comunidad académica, lo cual se encuentra reflejado en la cantidad de literatura existente que trata la naturaleza, alcance y objetivos del proyecto. Empero, una de las principales dificultades a la hora de calificar teóricamente este proyecto ha sido la falta de literatura sobre *Smart Power* en su aplicación al proyecto OBOR, por lo que ha debido realizarse un análisis más detallado de las obras que sí que adoptaban esta premisa, al ser la base del trabajo. En cualquier caso, como aspecto más relevante en relación con el estado de la cuestión, hay que destacar que existen claras diferencias en la perspectiva con la que se aproximan los autores al proyecto dependiendo de la región geográfica en la que se encuentren.

Por un lado, los autores estadounidenses critican fuertemente el proyecto, alegando que se trata de una maniobra más de China para expandir su área de influencia en Asia y en África, al tiempo que consigue enormes beneficios económicos, en relación con el comercio y crecimiento económico; y geopolíticos, especialmente en materia de energía y recursos naturales de los que carece el país. Por este motivo, defienden que las políticas chinas no son *Soft Power*, en la medida que tienen aspectos coercitivos de carácter económico para los países receptores desde el momento que tienen que devolver los préstamos y, en caso de que no lo hagan, sufren embargos en su propio territorio (Paradise, 2009; Glaser & Murphy, 2009; Bayles, 2014 & Cai, 2018).

Por otro lado, los autores europeos son los más apropiados para adoptar una visión objetiva del proyecto, en la medida que Europa está implicada en el mismo y participan de él. Estos autores adoptan una postura neutral, analizando desde una perspectiva teórica, pero también crítica, los pormenores y objetivos del proyecto (Dugué-Nevers, 2017; Sági & Engelberth, 2018; Callahan, 2015; Aukia, 2019 & Kurlantzick, 2007).

Por último, es necesario puntualizar que, a la hora de estudiar la literatura académica china y de los países que se están beneficiando sobre el proyecto OBOR, hay que realizar una aproximación cautelosa y crítica, puesto que en muchas ocasiones simplemente se limitan a desautorizar las críticas realizadas al proyecto y a repetir el discurso oficial del gobierno. Sin embargo, también hay algunas obras que recogen las limitaciones del proyecto, a pesar de minimizarlas enormemente con los beneficios. En cualquier caso, es una forma más de mejorar la imagen de China en relación con el proyecto desde la

perspectiva de la Diplomacia Pública (Wenjuan, 2016; Rahman, 2019; Junxian & Yan, 2016; Guo, Degterev & Jieli, 2019; Li & Worm, 2011; Liu & Tsai, 2014 & Ding, 2008).

En lo relativo al análisis teórico de las mecánicas de poder, hay que tener en cuenta que la base teórica de todas las fuentes consultadas se encuentra fundamentada en la teoría de Nye, lo cual indica que tanto Occidente como China lo consideran como bases teóricas válidas y pertinentes para la configuración de su política exterior (Callahan 2018, p. 218; Husen 2017, p. 97; Berndzen 2017, p. 3-6). No obstante, lo que varía es la interpretación de lo que Nye considera como *Soft* y *Hard Power*. Muchos autores chinos amplían la definición y posteriores concreciones realizadas por Nye de estos conceptos, de forma que incluya esa influencia económica que tanto caracteriza a China dentro del concepto de *Soft Power* (Blanchard & Lu 2012, p. 571-575; Li & Worm 2011, p. 72-74). Por otro lado, los autores occidentales, incluido Nye, critican que se modifique de tal forma la naturaleza del concepto de *Soft Power*. Una vez más, se puede percibir esa manipulación conceptual y de hechos que realizan unos autores y otros para adecuarlo a las posturas oficiales de sus respectivas áreas geográficas.

Además, es necesario destacar la escasez de autores que denominan el proyecto OBOR como una política de *Smart Power*. La mayoría de ellos tratan esta política como una modalidad más de *Soft Power*, sin realizar una crítica más exhaustiva de los aspectos de carácter coercitivo que tiene este proyecto (Rahman, 2019b; Junxian & Yan, 2016 & Cau, 2018). En el extremo opuesto, hay varios autores que critican de forma excesiva, ya no solo el proyecto, sino también la política exterior china en general (Ghitis, 2018; Bayles, 2014; Aukia, 2019 & Glaser & Murphy, 2009). Si bien es cierto que la visión de estos autores ha sido de mucha utilidad a la hora de analizar los riesgos del proyecto OBOR a nivel geopolítico, es necesario adoptar una visión de carácter más neutral, con el objeto de extraer las conclusiones que más se adecúan a la realidad y poder, así, realizar una buena aportación al ámbito académico.

No obstante, todas estas cuestiones expuestas brevemente en este apartado sobre el estado de la cuestión se abordan más detenidamente durante el curso del apartado cuarto, sobre el marco teórico. En este sentido, el análisis de su contenido permite una exposición más clara y fundamentada sobre la situación de este tema a nivel académico. De esta forma, se obtiene una visión más amplia en relación con las diferentes perspectivas de estos autores según su nacionalidad.

4. Marco teórico: El Concepto de *Soft Power* y su aplicación a la política exterior de China.

4.1. Las mecánicas de poder: Orígenes, limitaciones y alternativas al concepto de *Soft Power*.

La comprensión del concepto de *Soft Power* y el estudio de su aplicación a las políticas desarrolladas por China en el ámbito internacional es indispensable para estudiar la influencia que tendrá el proyecto *One Belt, One Road* en su proceso de constitución en potencia hegemónica en el Sudeste Asiático.

El concepto fue acuñado por Joseph Nye en 1990, poco antes de la caída de la Unión Soviética, en un ensayo que supuso un punto de inflexión en las Relaciones Internacionales y en las formas de estudiar las mecánicas de poder en el ámbito supranacional. El autor parte del concepto de poder, el cual entiende como “the ability to affect others to obtain the outcomes one wants¹” (Nye, 2009, p. 160), y podemos encontrar tres formas de lograr esa finalidad: la amenaza, el soborno o la atracción.

La diferencia fundamental entre ellas es que las dos primeras se centran en doblegar la voluntad del objetivo, es lo que Nye denomina *Hard Power*. Por otro lado, la tercera simplemente busca que el país objetivo se sienta atraído libremente a lo que se intenta transmitir. Este es el fundamento teórico del *Soft Power*, figura basada en la consecución de una mayor influencia que aparece cuando un Estado logra que otros Estados hagan lo que el primero quiere, sin necesidad de forzar su voluntad (Nye, 1990, p. 166).

Plantea Joseph Nye que: “if a State can make its power seem legitimate in the eyes of others, it will encounter less resistance to its wishes²” (Nye, 1990, p. 167). Básicamente, un Estado puede extender su ideología, su cultura y sus valores a los demás, sin necesidad de imponerlo por la fuerza o a base de chantajes o sobornos. El *Soft Power* puede definirse como el aspecto pacífico de las relaciones entre Estados,

¹ Traducción propia: “la habilidad de alterar el comportamiento de los demás para conseguir el objetivo propio”.

² Traducción propia: “si un Estado puede hacer que un poder parezca legítimo a ojos de los demás, encontrará menos resistencia a sus objetivos”

donde estos compiten silenciosamente por extender su área de influencia a través de la coexistencia pacífica y del ingenio.

Curiosamente, el concepto de *Soft Power* acuñado por Nye se parece en gran medida a los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica, lo que en China se conoce como la doctrina del desarrollo pacífico. Estos principios defienden ideas tales como el respeto por la soberanía, la no interferencia, el beneficio mutuo, la coexistencia pacífica o el multilateralismo (Blanchard & Lu, 2012, p. 570). De hecho, en el Congreso de 2007 del Partido Comunista Chino, el entonces presidente Hu Jintao acuñó el término “Crecimiento Pacífico”, para enfatizar el hecho de que el aumento de poder de China no debía ser percibido como una amenaza (Dugué-Nevers, 2017, p. 89).

Es más, el propio Hu Jintao instó a priorizar la cultura como una parte fundamental del *Soft Power* de China, citando al propio Nye, como parte fundamental de su crecimiento en términos generales. En línea con este discurso, que podría considerarse una llamada a despertar el poder del gigante asiático tras años y años de crecimiento silencioso, se anunció en 2013 el proyecto *One Belt, One Road* (Dugué-Nevers, 2017, p. 96). Este ambicioso proyecto, como bien se estudiará más detalladamente en el próximo capítulo, busca expandir el poder de China a través de la diplomacia, el comercio y la cultura.

Como bien se puede observar, parece que se ha aceptado a nivel global el concepto de *Soft Power* acuñado por Nye en 1990. Pero es necesario plantearse cómo un concepto liberal puede ser admitido con tanta facilidad por Estados autoritarios. No parece lógico que se asuma en las relaciones internacionales un discurso basado en que los terceros decidan voluntariamente si asumir o no lo que se quiere extender, si esa libertad no se admite siquiera dentro del propio Estado.

Dentro de la propia China, existe un fuerte debate sobre el concepto de *Soft Power* entre dos posturas principales. Por un lado, la primera de ellas argumenta que el elemento fundamental del *Soft Power* es la cultura, mientras que, por otro lado, la minoritaria que, si bien admite la importancia de la cultura, se centra en determinar cómo se usan los recursos de *Soft Power* y defiende la política como pilar de esta modalidad de poder (Glaser & Murphy, 2009) En consecuencia, es necesario, como paso

previo a analizar cómo va a influir el proyecto *One Belt, One Road* en la influencia de China en la región, delimitar de forma precisa qué tipo de poder ejerce o ejercerá China a través del proyecto. De hecho, para definir el “*Soft Power*” de los Estados autoritarios, una buena parte de la literatura académica existente propone la creación de nuevos conceptos, entre los cuales los más populares son el concepto de *Sharp Power* y el de *Smart Power*.

En primer lugar, el concepto de *Sharp Power* fue publicado en 2017 por los analistas Christopher Walker y Jessica Ludwig en el *Foreign Affairs*³. Posteriormente, la asociación *National Endowment for Democracy* publicaba un informe, escrito por los mismos autores, en el que trataba esta cuestión, así como el incremento de la influencia de los Estados autoritarios. En este sentido, se plantea la necesidad de elaborar nuevos términos que describan esa influencia de los Estados autoritarios que, sin ser *Hard Power*, tampoco puede considerarse como *Soft power*, sino que se centra en la distracción y manipulación. De esta forma, los Estados autoritarios buscan, al igual que hacen en sus territorios, limitar la libertad de expresión y el pluralismo político, con el objetivo de asegurar sus intereses a nivel internacional. En definitiva, *Sharp Power* puede definirse como aquel poder que penetra y perfora el ambiente político e informativo de los Estados objetivo (Walker & Ludwig, 2017, p. 6). Sin embargo, al limitarse este concepto al ámbito de la información, no sería aplicable al proyecto *One Belt, One Road*, objeto de este trabajo, aunque sí puede considerarse una aproximación bastante aproximada al *Soft Power* que dice ejercer China.

Por otro lado, el concepto de *Smart Power* fue acuñado por el propio Joseph Nye en 2003, como respuesta a los desafíos que estaba planteando la aplicación de las mecánicas tradicionales de poder a las nuevas políticas adoptadas por las potencias emergentes. En consecuencia, este concepto busca proporcionar un punto intermedio entre los extremos de *Hard Power* y *Soft Power*, por lo que podría definirse como aquella estrategia que combina las herramientas de los otros dos poderes. Es decir, utilizar tanto

³ No se ha logrado acceder al documento original, por lo que se ha utilizado como fuente un informe escrito por los mismos autores donde tratan el mismo tema. Se puede consultar el documento original [previa suscripción](https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2017-11-16/meaning-sharp-power) a través del siguiente enlace: <https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2017-11-16/meaning-sharp-power>

los instrumentos militares y de coerción, como los económicos y los culturales, en ocasiones para atraer, en otras para amenazar (Nye, 2009, p.160).

Y es esta última aproximación la que mejor define la política exterior china, basada en utilizar todos los recursos a su disposición para lograr la mayor influencia posible, al tiempo que mantiene una imagen favorable en la comunidad internacional. De esta forma, China ha utilizado sus ingentes recursos militares para participar en misiones de paz de la ONU, los económicos para ayudar a Estados en vías de desarrollo, combatir la pobreza etc. (Dugué-Nevers, 2017, p. 91). Sin embargo, también ha utilizado sus recursos económicos con fines coercitivos, como los que se están viendo en África o Asia, donde se realizan préstamos a cambio de recursos naturales o la propiedad de infraestructuras críticas para el comercio, como, por ejemplo, puertos.

Como se puede observar, existe un fuerte debate académico sobre si el término *Soft Power* puede definir las acciones realizadas por los Estados gobernados por regímenes autoritarios, o si, por el contrario, es necesario la creación de nuevos conceptos que abarquen estos ámbitos.

4.2. Análisis de la política exterior china: ¿*Soft Power*, *Hard Power* o *Smart Power*?

La política exterior de China desde que el Partido Comunista de China ascendió al poder en 1949 ha experimentado importantes cambios, dependiendo el dirigente político que ostentara el poder en cada momento. Sin embargo, existe una variable que se mantiene constante bajo todos los regímenes, independientemente de la situación y el poder de China en la esfera internacional: su cultura y su forma de ver en mundo desde China. Este factor provoca que la política exterior china se perciba, mayoritariamente, como una política basada en el *Soft Power*. Por ejemplo, durante la era Mao, la política exterior china se asentaba sobre cinco principios: coexistencia pacífica, respeto mutuo de la soberanía estatal, no interferencia, no agresión y beneficio mutuo (Rahman, 2019a, p. 92).

Posteriormente, incluso una vez realizadas las grandes reformas de apertura al exterior de Deng Xiaoping, Hu Jintao mantuvo la visión china del mundo de la era Mao e introdujo el concepto de *peaceful development* en la política exterior china (Rahman,

2019a, p. 92), el cual tiene una gran importancia en el desarrollo de la misma en los últimos años. Este concepto fue acuñado en el año 2005, en sustitución del concepto de *peaceful rise* (Jing, 2014, p. 49), en el *White Paper* del State Council Information Office of China titulado: *China's Peaceful Development Road*. En él se refleja la visión oficial del gobierno chino, que argumenta que, por esta vía, "el pueblo chino está trabajando duro para convertir China en una potencia moderna próspera, poderosa, democrática, civilizada y armoniosa, que contribuya continuamente al progreso con el desarrollo de China" (State Council Information Office of China, 2005).

No obstante, esta no es la única aportación que se hace a la política exterior china actual en este *White Paper*. Hay dos cuestiones más que es necesario destacar de cara a comprender la importancia que tiene la cultura y la perspectiva vital china, ya no solo en su política exterior, sino también en las políticas de *Soft Power* y proyectos como el *One Belt One Road*. En este sentido, señala el documento que China ha realizado tradicionalmente grandes esfuerzos por conseguir un desarrollo pacífico, armonioso, abierto y basado en la cooperación, y que esta es la vía que han de seguir los diferentes proyectos y políticas chinas en el futuro (State Council Information Office of China, 2005). Para ello, se proporcionan los siguientes principios regidores de la política exterior de China: alcanzar un orden internacional pacífico y promover la paz para lograr el desarrollo económico global; conseguir alcanzar la condición de país desarrollado a través de la confianza propia, el reformismo y la innovación, al tiempo que se continúa la política de apertura al exterior; perseguir la globalización económica a través del beneficio mutuo y el desarrollo común de la mano de otros Estados y, por último, centrarse en la paz, el desarrollo y la cooperación con otros países para construir un mundo armonioso que permita garantizar una paz y una prosperidad continuadas (State Council Information Office of China, 2005).

Como se puede observar, todos estos principios pueden considerarse como ejemplos paradigmáticos de cómo ejercer el *Soft Power* a través de estrategias culturales, económicas y de cooperación. Sin embargo, como bien señalan Gélvez & Prieto, la posición global de China en el orden internacional ha llegado a un punto en el que, si se pretende seguir avanzando en este ámbito, es necesario que la influencia china refleje tanto estrategias de *Hard Power* que incluyan la tecnología, la economía y el

poder militar, como estrategias de *Soft Power* basadas en aspectos de carácter cultural (Gélvez & Prieto, 2019, p. 18). Es más, el actual presidente chino, Xi Jinping, ha continuado el legado de Hu Jintao a través de la creación de un bloque económico basado en la cooperación y en el beneficio mutuo del que China es el líder, así como fomentar las relaciones entre sus ciudadanos y los nacionales de otros países y respetar la política de los cuatro “noes”: no hegemonía, no seguir políticas de poder, no alianzas militares y no carrera armamentística (Rahman 2019a, p. 93).

Para determinar qué tipo de poder se adecúa a nivel conceptual al ejercido por China en su política exterior es necesario recurrir, ya no solo a la literatura de índole occidental, sino también a la visión que tienen los propios académicos chinos de los conceptos de *Soft Power* y de la política exterior desarrollada por su país. Entre ellos, resulta de especial interés para el desarrollo de trabajo la postura defendida por Li & Worm, puesto que refleja muy claramente la perspectiva que se adopta desde China en relación con este tema. En este sentido, utilizan como marco teórico de su trabajo la teoría de Nye, explicada en el apartado anterior, para el cual hay tres fuentes principales de *Soft Power*: cultura, valores políticos y política exterior (Nye, 1990, p. 167). Sin embargo, estos autores argumentan que hay otras fuentes de *Soft Power* que, además, son las que más representan a China en su política exterior: el aspecto económico y la imagen internacional (Li & Worm, 2011, p. 72).

Llegados a este punto, es necesario analizar, a su vez, el artículo de Nye de 2006, titulado “Think again: Soft Power”. En la medida que los autores del ensayo citado en el párrafo anterior lo utilizan para justificar que el poder económico de China es *Soft Power*. Destaca Nye que el poder económico no tiene por qué ser siempre *Soft Power*, sino que depende en la intención de las políticas que se adopten, no es lo mismo la imposición de sanciones, aspecto que tiene una carga coercitiva clara, que la tentación de ofrecer recursos económicos a los países de tu entorno para ganar influencia (Nye, 2006). Utilizando esta aclaración realizada por Nye en 2006, Li & Worm argumentan que el “economic temptation” de un país a otro, política fundamentada en hacer percibir que hay grandes oportunidades de obtener beneficios económicos si se alía con ese Estado, es una política de *Soft Power*. En este sentido, no habría ni coerción ni hay pagos

directos de un Estado hacia ese otro Estado, sino que no es más que un poder de atracción invisible (Li & Worm, 2011, p. 72).

No obstante, no se puede olvidar, como bien indica Nye, que, en ocasiones, es muy difícil, a nivel práctico, identificar qué parte de las relaciones económicas tienen una carga mayor de *Soft* o *Hard Power* (Nye, 2006). Es decir, al final, la percepción de una política como *Soft* o *Hard Power* depende en gran medida de la perspectiva que se adopte para cada caso en específico. Los proyectos chinos para los partidarios de China pueden ser *Soft Power* sin duda alguna, pero para otras regiones y culturas pueden no serlo, y el ejemplo más claro de ello es el OBOR, como bien se analizará más adelante. Sin embargo, hay que ser muy cautelosos y críticos con las políticas que se examinen. No se puede negar que China, gracias a su enorme poder económico, ofrece grandes oportunidades de comercio e inversión al mundo entero y, por tanto, ofrece esperanza de crecimiento económico (Li & Worm, 2011, p. 73). No obstante, hay que preguntarse si realmente es *Soft Power* el aprovecharse de la necesidad de muchos países en vías de desarrollo para promover los intereses económicos y geopolíticos propios. Si esa ayuda fuera desinteresada, como la prestada por las ONGs, sí que puede entenderse como una política de *Soft Power*, en la medida que se usa el poderío económico, ideológico y cultural de una región para ayudar a otras al tiempo que se mejora la imagen de los donantes y se extienden los valores e ideologías de los Estados que prestan la ayuda. Sin embargo, la ayuda económica china no es, ni mucho menos, desinteresada.

Para ilustrar esta afirmación, que será posteriormente desarrollada con más detalle cuando se hable del OBOR, no tenemos más que observar el efecto que han tenido las políticas económicas chinas de supuesto *Soft Power* en los países receptores. Por ejemplo, en Asia Central el comercio y los proyectos de infraestructura han supuesto grandes choques económicos, sociales y culturales en los Estados que reciben la ayuda (Laurette & Peyrouse, 2012). El problema fue, y sigue siendo, que China intenta, a través de esas políticas, satisfacer sus propios intereses de forma demasiado directa y utiliza sus empresas y sus trabajadores para realizar esos proyectos. Las consecuencias para los Estados objeto de esas ayudas son terribles, puesto que conllevan una precarización de las condiciones laborales y pérdida de puestos de trabajos de la población local, en la medida en que los chinos utilizan mayoritariamente trabajadores y empresas chinas

(Laurelle & Peyrouse, 2012). Esto ha obligado al gobierno chino a optar por una estrategia de *Soft Power* basada, ya no tanto en el poder económico, como en la diplomacia cultural (Gélvez & Prieto, 2017, p. 19).

Por otro lado, en África nos encontramos una situación similar. Desde que China comenzó a entablar relaciones diplomáticas y económicas con los países africanos durante la Guerra Fría, podría decirse que se ha apoyado en esa “economic temptation” para conseguir sus intereses geopolíticos y económicos. Un ejemplo muy claro es la implementación de la *One China Policy*, cuyo objetivo es que Taiwan vuelva a ser parte de la China continental (Sun, 2014, p. 4-6). Para ello, China ha estado comprando en las últimas décadas el poder de voto en la ONU en muchos países africanos, puesto que, gracias a la influencia económica de China en la región y a la necesidad de estos países de recursos, China crea una dependencia de inversión y de ayuda sobre el terreno que utiliza en su beneficio para lograr sus objetivos en la esfera internacional (Sun, 2014, p. 4-6). Además, nos encontramos una situación similar a la de Asia Central, en el sentido que la ayuda e inversión de China no están dirigidas a crear un desarrollo sostenible, sino a crear dependencia con el objeto de seguir teniendo poder sobre África (Al Jazeera 2015). A pesar de que para este continente también se ha usado el discurso de *Mutual Benefit*, en la práctica es China la que consigue la inmensa mayoría de las ventajas derivadas de esta inversión, en la medida que no proporcionan a los países de África los conocimientos necesarios para ser autónomos en un futuro, sino que usan sus propios medios y trabajadores para construir las infraestructuras, extraer recursos naturales etc.

Como bien señala el New York Times, “China’s highly competitive manufacturing sector has devastated many smaller-scale rivals across Africa⁴” (Bradsher & Nossiter, 2015). La causa es que China no solo se está beneficiando de vender en los mercados africanos sus productos, sino también de promover su propia industria a través de la contratación de empleados chinos para construir los grandes proyectos de infraestructuras, comprando su propio material. Todo ello, está generando el endeudamiento de los pequeños comercios de muchos países de África y el colapso económico de la región, que está viendo cómo su única vía de ingresos queda reducida

⁴ Traducción propia: “El sector altamente competitivo de las manufacturas en China ha devastado el comercio minorista rival en todo África”.

a la venta de recursos naturales a China, la venta de su poder de voto en la ONU y acciones similares (Bradsher & Nossiter, 2015).

En consecuencia, no se puede hablar únicamente de estrategias de *Soft* o *Hard Power* en la política exterior china, en la medida que los líderes chinos han caído en la cuenta de que para ser una potencia regional y/o global es necesario tener políticas tanto de *Soft* como de *Hard Power* (Husen, 2017, p. 98). Por ello, hay que recurrir a otros conceptos más novedosos que abarquen los diferentes trasfondos de los proyectos chinos actuales, como el OBOR. En este sentido, el *Smart Power* es una herramienta teórica adecuada para analizar aquellas estrategias en las que se utiliza la influencia cultural o de cooperación, al mismo tiempo que se desarrollan estrategias económicas basadas en métodos coercitivos o de dependencia. En cualquier caso, el uso de ambos tipos de poder de forma simultánea en un mismo proyecto o política debe ser concebido como algo natural, en la medida que el objetivo tanto del *Soft Power* como del *Hard Power* es el mismo: conseguir unos determinados fines geopolíticos manipulando los comportamientos y políticas del objetivo. (Husen, 2017, p. 98).

Hay que destacar, sin embargo, que otros autores han creado nuevos conceptos para intentar describir la naturaleza de la política exterior china. Entre todos ellos, hay tres que se consideran especialmente relevantes de cara a la utilización del concepto de *Smart Power* como forma de poder característica de la política exterior china: El *Soft Power* con características chinas y el concepto de *Charm-Offensive*.

En primer lugar, algunos autores como Glaser & Murphy han decidido optar por describir la mecánica de poder presente en la política exterior china como *Soft Power* con características chinas. La construcción de este concepto pretende incluir el fuerte debate que hay en China, donde el propio discurso oficial pone su foco de atención en la reformulación del concepto de *Soft Power* para adaptarlo a la política exterior e interior china, pero, al mismo tiempo, realizar una crítica al uso que se realiza del concepto para intentar mejorar la imagen de china en el ámbito internacional (Glaser & Murphy, 2009, p. 12).

En este sentido, es interesante el planteamiento de los autores en el que recogen que la visión general en el ámbito académico chino respecto al concepto de *Soft Power*

es que este debe ser desarrollado tanto a nivel internacional a través de la cultura, la Diplomacia Pública y el *Peaceful Development*, como a nivel interno haciendo que la cultura, el sistema económico y los valores políticos sean atractivos para ambos públicos receptores, el internacional y el nacional. En definitiva, el discurso de *Soft Power* en China está bastante influenciado por el debate sobre las reformas internas que se plantean en el país. Pero, más que una estrategia independiente para aumentar la imagen de China de forma pacífica, parece que está construido de forma que sirva para compensar los aspectos de *Hard Power* que son cada vez más frecuentes en la política exterior china y su política económica tan agresiva y perjudicial para otros países, así como crear un ambiente pacífico que permita la aceptación del crecimiento de China en la esfera internacional (Glaser & Murphy, 2009, p. 20-22).

En segundo lugar, ha sido especialmente relevante en el ámbito académico el concepto *Charm Offensive*, creado por Joshua Kurlantzick en 2007 para describir la política exterior de China, en una obra en la que busca “completar el hueco existente en el ámbito académico sobre el *Soft Power* de China y de un nuevo tipo de diplomacia sofisticada que cambiará las relaciones internacionales” (Kurlantzick, 2007, p. 11). A su vez, también advertía en su época de la enorme influencia que estaba ganando China a través de la construcción de su imagen como una potencia pacífica y benefactora, desarrollando enormes programas de ayudas e inversiones para contribuir al crecimiento económico de países en vías de desarrollo (Kurlantzick 2007, p. 14-23).

Este concepto de *Charm Offensive* busca describir el mecanismo de la política exterior china a través del cual se busca atraer a otros Estados a su área de influencia tentado a esos países con promesas de crecimiento económico y beneficios en materia de seguridad, al tiempo que les intimida con amenazas, muestras de poder militar y les coacciona por la vía económica (Leaf, 2014). Lo que se puede observar es que, como bien advertía Kurlantzick en el 2007, la estrategia de China de *Charm Offensive* es una política temporal que tiene por objeto cambiar el orden internacional en la región de Asia-Pacífico y sustituir a Estados Unidos como país con más influencia en esa región. El objetivo de esta estrategia no es otro que cambiar la imagen internacional de China y reducir la visión que tienen los Estados vecinos de China como una amenaza militar y la percepción negativa de sus agresivas políticas económicas y su enorme crecimiento

económico, al tiempo que, a través de la paz y la inversión, consigue más medios para conseguir creciendo económicamente (Kurlantzick, 2007, p. 38-42).

En tercer lugar, Gélvez & Prieto utilizan el concepto de “poder inteligente” o *Smart Power* creado por Nye⁵ para describir la política exterior china en las últimas décadas. En este sentido, señalan que “la narrativa del *Smart Power* en la actualidad no se limita simplemente a maximizar el poder o mantener una hegemonía, sino a combinar recursos para estrategias exitosas” (Gélvez & Prieto, 2019, p. 4). Esta característica del *Smart Power* es la estrategia que utiliza China en su política exterior, puesto que combina recursos de *Soft Power*, como son la cultura, la Diplomacia Pública, el confucianismo y otras estrategias destinadas a generar una buena imagen y apoyo de los ciudadanos de otros países hacia China, al tiempo que ejecuta acciones más agresivas y perjudiciales para los intereses de otros Estados para conseguir sus objetivos.

En este último ámbito, se podría hablar incluso de estrategias coercitivas en el ámbito económico y de inversiones, puesto que, al final, los Estados objetivos acaban siendo completamente dependientes de China y su voluntad acaba por desaparecer, lo cual no es *Soft Power*. Por mucho que argumenten a favor de que estas estrategias están fundamentadas en el *Soft Power*, utilizando la definición de Nye, si realmente el comercio con China y los proyectos de infraestructuras fueran poder blando, “no traerían consigo la creciente inconformidad civil y sentimientos anti chinos, manifestados en protestas en todos los países en Asia Central” (Gélvez & Prieto, 2019, p. 18). La consecuencia de estas reacciones es lo que realmente ha llevado a China a adoptar una política exterior de carácter más cultural, desarrollada en el apartado 4, y destinada a las relaciones entre individuos más que entre Estados (Diplomacia Pública), en la medida que necesitan mejorar la imagen exterior de China para poder seguir ejecutando sus estrategias de *Smart Power*.

Como se puede observar, aunque el concepto teórico utilizado por los diferentes autores es diferente, el contenido entre ellos es muy similar. En última instancia, lo que cuestionan todos los autores occidentales es la postura académica de los autores chinos que defienden que la amplia mayoría de sus estrategias de su política exterior

⁵ Hay que recordar que Nye plantea el *Smart Power* como “la habilidad de combinar las capacidades de *Soft Power* y *Hard Power* que estén disponibles para actores estatales y no estatales” (Nye 2009, p. 160).

responden al concepto de *Soft Power*. Sin embargo, todos los autores coinciden en que este concepto ha de ser modificado para abarcar el verdadero alcance de la política exterior de China. En este Trabajo de Fin de Grado, se justifica la utilización del concepto de *Smart Power* como aquel que mejor define la política exterior de China, en la medida que permite asimilar bajo un mismo marco teórico las políticas de *Soft Power* y *Hard Power* llevadas a cabo por un país. La aplicación de este concepto será analizada a través del caso específico del proyecto *One Belt, One Road*, como máximo exponente de la política exterior de China en esta década.

4.3. Las herramientas del *Soft Power* chino: confucianismo, armonía y Diplomacia Pública.

El *Soft Power* de un Estado es aquella mecánica de poder a través de la cual un Estado puede influenciar a otros usando su poder, pero siempre que dicho apoyo se consiga sin necesidad de usar la fuerza. Aplicado correctamente, el *Soft Power* no garantiza que la persuasión tenga éxito, puesto que el aceptar los estímulos externos depende única y exclusivamente de los receptores, que no están sometidos a ningún tipo de presión o reglas para hacer lo que el otro Estado quiere (Rahman, 2019a, p. 93-94).

En las últimas décadas, el concepto de *Soft Power* ha ganado mucha importancia en las altas esferas de la política China, en la medida que consideran que es necesario proyectar una imagen más favorable del gigante asiático para contrarrestar la desconfianza global frente al implacable incremento de su poderío económico y militar (Paradise 2009, p. 647). En definitiva, el principal objetivo de la política exterior china de *Soft Power* es proyectar una imagen más positiva del país y crear el ambiente internacional donde China pueda desarrollarse pacíficamente (Ding, 2008, p. 195).

En los apartados anteriores, se ha aplicado esta idea, creada en su día por Nye, para argumentar que la política exterior china a nivel económico no puede clasificarse como una estrategia de *Soft Power*, sino como una mezcla de *Soft* y *Hard Power* que a nivel teórico se puede denominar *Smart Power*. Ahora bien, el *Soft Power* también ocupa un lugar importante en la política exterior china. Estas

estrategias se encuentran fundamentadas principalmente en la cultura y están enfocadas en desarrollar relaciones con otros Estados e individuos a través de la cooperación, la armonía y el intercambio cultural (Rahman, 2019a, p. 94).

No obstante, es necesario recordar, al aproximarse a estas políticas, que, en parte, están diseñadas para compensar las políticas de *Smart Power* y conseguir los objetivos de China en el ámbito internacional. Estos aspectos serán los analizados en este apartado, con el objetivo de proporcionar una visión más completa de la política exterior china y como parte de la argumentación de que el proyecto *OBOR* no puede ser considerado como una estrategia de *Soft Power*.

En primer lugar, muchos aspectos culturales del confucianismo se han utilizado para diseñar e implantar varias de las principales políticas de *Soft Power* de China durante la primera mitad del s. XX, aunque ahora la presencia de sus enseñanzas y valores en la política exterior china han quedado relegadas a un segundo plano con las nuevas políticas implantadas por Xi Jinping. El Confucianismo ocupa un papel muy relevante en la historia y cultura de China, en la medida que fue la principal ideología de China durante casi dos mil años. Defiende, principalmente, que un Estado únicamente puede alcanzar la condición de líder a través del ejemplo, rechazando de lleno la imposición de los valores de una civilización sobre los de otra (Ding, 2008, p. 196).

Es decir, el estado se encuentra sometido a la limitación y regulación del poder, y no debe utilizar el poder coercitivo salvo cuando sea necesario. Esta ideología es muy beneficiosa para los objetivos geopolíticos de China, puesto que se erige como una alternativa a los métodos tradicionalmente imperialistas de potencias como Rusia o Estados Unidos. A través de este respeto a la soberanía, China consigue una importante influencia sobre aquellos Estados que han estado sometidos a otras potencias, especialmente en África o en el Sudeste Asiático.

En segundo lugar, se encuentra la armonía, principio altamente relacionado con el Confucianismo, puesto que la creación de un mundo basado en la armonía encuentra su origen en esta ideología. En este sentido, la política china busca crear “un orden político armonioso que no esté limitado por fronteras y sea gobernado

por un sabio bajo los principios de la virtud, sin que el poder coercitivo sea usado en ningún caso” (Ding 2009, p. 196). Si se analizan los fundamentos que guían la política exterior china a nivel más cultural, se puede observar cómo las bases del Confucianismo guardan cierta similitud con las del *Soft Power*, por lo que es entendible el por qué se ha decidido usar este aspecto como pilar fundamental del poder blando de China que tiene por objeto crear su propio orden internacional.

Las políticas de *Soft Power* de China fundamentadas en el Confucianismo y en la armonía se proyectan a través de instituciones como los *Confucius Institutes*, organizaciones sin ánimo de lucro afiliadas al Ministerio de Educación que se encuentran asignadas a la labor de promover la lengua y cultura de China, favorecer el intercambio cultural e impulsar la actividad empresarial extranjera (Paradise 2009, p. 648-651). A pesar de la poca importancia que se le dio durante los primeros años desde su creación, estas instituciones culturales tienen un impacto clave en la visión que se tiene de China en otros países, y que puede compensar, en parte, el poco poder de *Soft Power* que tiene China en ámbitos como la atracción de sus valores políticos (Paradise, 2009, p. 650).

Por esta circunstancia, en los últimos años se ha comenzado a percibir a los *Confucius Institutes* como instituciones para difundir la propaganda china en otros países, en la medida que no están muy relacionados con la cultura popular. Además, se enfocan más en la difusión de la cultura tradicional, lo cual limita, a su vez, la eficacia de esta modalidad de *Soft Power* (Rahman, 2019a, p. 105).

Relacionado con los *Confucius Institutes*, hay que destacar la importancia de la educación como técnica esencial del *Soft Power* de China (Hund, 2017, p. 99). Desde estas instituciones y desde el gobierno chino se están potenciando en los últimos años el intercambio de estudiantes entre China y otros países extranjeros, lo cual responde a varios objetivos. Por un lado, el aumentar la relación entre universidades nacionales e internacionales es un medio de internacionalizar a las propias universidades chinas, siguiendo la estrategia de apertura al exterior que tanto ha caracterizado al gobierno de Xi Jinping. Por otro lado, los intercambios académicos de estudiantes favorecen la expansión global que buscan las universidades chinas y, al mismo tiempo, permite una mayor interacción de los nacionales de otros países

con la cultura, población y vida en China. Esta forma de utilizar las relaciones individuales para expandir la cultura, ideología y valores chinos actúa como un mecanismo más de *Soft Power*, en la medida que su objetivo último es ganar influencia en esas regiones (Paradise, 2009, p. 652).

En tercer lugar, se encuentra la Diplomacia Pública, que es la sucesora de la política de *Soft Power* descrita en el apartado anterior de *Charm Offensive*. Se trata de un nuevo esfuerzo de China para mejorar su imagen y posición en el ámbito internacional a través de políticas financiadas por el gobierno que tienen por objeto comunicarse directamente con la opinión extranjera (Tai-Ting, 2019, p. 77). Como se puede observar, la Diplomacia Pública está diseñada, al igual que los *Confucius Institutes*, para aprovechar las relaciones infra estatales para aumentar el efecto de sus políticas de *Soft Power*.

En este sentido, podemos entender la Diplomacia Pública como aquellas vías a través de las cuales se fomenta el desarrollo bilateral con otros países más allá del nivel estatal (Zhao & Lei, 2015, p. 4). Es decir, esta modalidad de diplomacia busca superar las relaciones interestatales llevadas por los gobiernos y llegar, a su vez, a las relaciones con ONGs e individuos. De esta forma, China pretende ir poco a poco erosionando la imagen de China como amenaza a través de las relaciones entre personas, y llegar a alcanzar una visión internacional popular de China como una nación amistosa y pacífica (Tai-Ting, 2019, p. 77).

Existen dos formas básicas de Diplomacia Pública: en primer lugar, la técnica conocida como *branding*, a través de la cual el Estado en cuestión pretende mejorar su imagen en el largo plazo sin buscar ningún beneficio político a corto plazo. De esta forma, se busca fomentar la predisposición de la opinión pública a que sus instituciones cooperen con ese Estado en diferentes materias. La segunda forma de Diplomacia Pública es la promoción política, en la cual se busca conseguir generar un apoyo significativo en la opinión pública extranjera para la consecución de objetivos políticos a corto plazo (Britannica, 2017). En definitiva, esta técnica busca crear apoyo en la opinión pública extranjera a través de diferentes medios, que en el caso de China suelen ser culturales, con el objeto de mejorar su imagen y lograr un menor rechazo a sus políticas

en el largo plazo. Se trata, como se puede observar, de una política característica del *Soft Power*.

En el caso específico de China, la principal línea de actuación de la Diplomacia Pública es “telling a good story of China”, en palabras de varios dirigentes chinos en sus discursos. Esta historia se encuentra construida sobre tres ámbitos principales: el desarrollo económico como pilar principal; el éxito individual en China, que ayuda a mejorar la imagen exterior y, por último, la historia de cómo China ha triunfado en el ámbito económico, social y político como modelo a seguir para otros Estados en vías de desarrollo (Tai-Ting, 2019, p. 81).

En este sentido, el proyecto *One Belt, One Road* es un ejemplo perfecto de la Diplomacia Pública desarrollada por el régimen chino, puesto que aúna esos tres aspectos mencionados anteriormente y los potenciales beneficios que ofrece generan un fuerte apoyo en la opinión pública de los países objetivo. Por ello, no se puede caer en la narrativa de China de éxito, desarrollo económico y superación, puesto que no son más que formas de influir a otros Estados para que acaben bajo su esfera de influencia. En consecuencia, es necesario realizar un análisis detallado, crítico y objetivo de las ventajas y peligros del proyecto *One Belt, Road* y la mejor forma de aproximarse a él es a través del concepto de *Smart Power*. Al fin y al cabo, lo que pretende la *Public Diplomacy* es mejorar la imagen de China, ocultar las posibles amenazas que pueda representar para terceros Estados.

5. Preguntas de investigación.

China se ha convertido en una de las principales potencias de la comunidad internacional y, en consecuencia, su influencia y repercusión en las relaciones internacionales crece constantemente. Al mismo ritmo, aumenta la cantidad de atención que se le presta a la política exterior de China, tanto desde el ámbito académico como político, militar o estratégico. Sin embargo, aunque los principales proyectos de la diplomacia china son públicos, los verdaderos objetivos geopolíticos y políticos del país asiático exigen un estudio minucioso de estos proyectos, de los intereses de China a

nivel global y de las rivalidades que tiene con los demás actores estatales y organizaciones internacionales.

Hacia esta dirección se encamina la amplia mayoría de la literatura consultada, que adopta diferentes enfoques dependiendo del origen del autor, como bien se ha apuntado en el estado de la cuestión. En consecuencia, el objetivo de este trabajo es analizar y determinar los verdaderos propósitos que puede tener el icono de la política exterior china en esta década del siglo XXI: el proyecto *One Belt, One Road*. Aunque en un primer momento se pretendía evaluar únicamente el aspecto puramente geopolítico de este proyecto, el estudio de la literatura utilizada para este Trabajo de Fin de Grado ha provocado que sea necesario realizar un estudio más teórico de la política exterior china, primero en su conjunto y después aplicada al caso concreto del proyecto OBOR. Solo de esta forma se puede evaluar, entender y explicar las dos caras de la política exterior china en relación con el proyecto OBOR: por un lado, la cara pública, que pretende presentar el proyecto como una oportunidad de crecimiento económico y desarrollo para el mundo. Por otro lado, la cara oculta del proyecto, principal preocupación del trabajo y la cuestión que es objeto de un análisis más minucioso y detallado.

A partir de estas cuestiones y objetivos se pretende responder a varias preguntas relevantes en la esfera académica actual. Entre ellas, determinar el verdadero alcance geopolítico del proyecto OBOR y analizar el impacto que puede tener en los Estados participantes a partir de un breve análisis de las consecuencias que ha tenido en aquellos países en los que ya ha sido implantado. Hubiera sido interesante a los efectos de este trabajo realizar un análisis detallado de los efectos que ha tenido en aquellos Estados donde ya ha sido implantado. Sin embargo, debido a las limitaciones temporales y de espacio, no ha resultado posible hacerlo.

En cualquier caso, para responder a esta cuestión es fundamental, a su vez, determinar una figura teórica en la cual pueda enmarcarse el proyecto OBOR en la política exterior china, conforme al marco teórico proporcionado por la teoría de las Relaciones Internacionales en relación con las diferentes mecánicas de poder utilizadas por los Estados (*Soft Power, Hard Power* etc.). Y, en la búsqueda de la respuesta a estas preguntas de investigación, han surgido otras nuevas. La principal, que también ha sido

el principal desafío teórico de este Trabajo de Fin de Grado, ha sido determinar la validez y vigencia de la tradicional división entre *Hard Power* Y *Soft Power* y proponer el reciente concepto de *Smart Power* como una propuesta real y perfectamente aplicable a este proyecto.

6. Metodología del trabajo.

La realización del presente Trabajo de Fin de Grado se ha basado en el estudio y análisis de la bibliografía existente en relación con esta temática, como paso previo para la elaboración de conclusiones y argumentos propios. Para ello, se han consultado principalmente fuentes documentales primarias y secundarias, sin que se hayan realizado ningún tipo de elementos experimentales ni trabajo de campo. El principal objetivo del mismo es responder a las numerosas preguntas existentes en torno al proyecto OBOR y que han sido resumidas en el apartado anterior. En consecuencia, la lectura de bibliografía académica, documentos oficiales de los gobiernos y estudios anteriores de otros autores y organizaciones han sido fundamentales para la elaboración de este trabajo. A su vez, es necesario destacar que los análisis e interpretaciones propias de los diferentes documentos consultados constituyen una parte importante del trabajo, que pretende aportar nuevas ideas, argumentos, conclusiones y fundamentos teóricos al debate vigente en torno al proyecto OBOR y sus consecuencias en la geopolítica y en la sociedad internacional.

En consecuencia, las fuentes utilizadas han sido seleccionadas de forma acorde a su calidad y pertinencia para el contenido del presente Trabajo de Fin de Grado que, recordemos, se encuentra basado principalmente en la utilización del concepto de *Smart Power* para la política exterior china, la crítica al proyecto OBOR y los objetivos geopolíticos que China pretende alcanzar a través del mismo. Es necesario destacar la falta de bibliografía en relación con algunas cuestiones del trabajo, principalmente a la hora de asociar el *Soft Power* con el proyecto OBOR. Sin embargo, esta falta de fuentes en algunos aspectos específicos del trabajo se ha suplido con análisis propios, fundamentados en el marco teórico delimitado en el primer apartado del trabajo y en la bibliografía recopilada. De esta forma, se pretende dar respuesta a uno de los

principales objetivos con la elección de este tema, que no es otro que realizar una aportación propia, innovadora y relevante al tema de investigación aquí tratado.

Por último, es necesario destacar, como uno de los aspectos más relevantes de este Trabajo de Fin de Grado, la gran variedad de bibliografía consultada en términos de ideología y perspectivas teóricas. En este sentido, se han analizado obras de autores que defienden la perspectiva y política de China, así como de aquellos que son más partidarios de la visión estadounidense del asunto. Por último, se han seleccionado algunos autores europeos, que adoptan una posición más neutral debido a la peculiar situación en la que se encuentra la Unión Europea respecto de las ambas potencias. De esta forma, se ha buscado poder adoptar la visión más objetiva y neutra posible, que permita analizar los verdaderos objetivos, efectos y calificación teórica del proyecto OBOR y de la política exterior china.

7. El proyecto *One Belt, One Road*.

7.1. El proyecto OBOR como eje de la política exterior de China.

En el año 2013, el presidente chino, Xi Jinping, presentaba el proyecto *One Belt, One Road*, que, aunque desde entonces ha sido denominado de diferentes formas: *Belt and Road Initiative (BRI)*, *Silk Road Economic Belt* etc. (Rahman, 2019a, p. 302), la más utilizada por la bibliografía consultada es el término "OBOR", puesto que es el nombre con el que se bautizó originalmente al proyecto. El proyecto OBOR es considerado por muchos como el proyecto más ambicioso y a mayor escala que se ha propuesto desde el Plan Marshall. Es importante tener en cuenta desde el primer momento que no es solo un macroproyecto económico, sino que tiene importantes implicaciones a nivel geopolítico, estratégico y de política interna.

La planificación actual del proyecto consiste en la constitución y construcción de dos rutas, una marítima (*Maritime Silk Road*), que busca conectar los puertos, gasoductos y demás fuentes de energía que se encuentran en el Sudeste Asiático y en África; y otra terrestre (*One Belt Road*), cuyo objetivo es crear una forma de conectar directamente la parte más occidental de China con la parte más occidental de Europa, pasando por Asia Central, Oriente Medio y comunicándose también con África. Todo

ello a través de una financiación y construcción masiva de carreteras, raíles y otras infraestructuras de transporte (Khattak & Khalid, 2017, p. 3). El principal obstáculo de este proyecto es la financiación que exige realizar obras de esta magnitud. Sin embargo, China ya tenía preparado un nuevo marco financiero compuesto por numerosas organizaciones financieras y bancos que serán analizados en el siguiente apartado (Cau, 2018, p. 41). Estos factores muestran el elevado nivel de planificación de China respecto de este proyecto, e indica que, tras él, hay varios años de trabajos intensos, lo que, a su vez, permite que nos hagamos una idea de la importancia que tiene para el gigante asiático el proyecto OBOR.

En este sentido, la iniciativa busca desde conectar las regiones menos desarrolladas de China con los estados vecinos, hasta asegurar rutas comerciales desde las cuales puedan llegar las materias primas y energéticas que tanto necesita (Sági & Engelberth, 2018, p. 10-12). Además, de esta forma podrá hacer frente, ahora y en un futuro, a las repercusiones que las crisis económicas tienen en su economía, basada principalmente en las exportaciones. Por ejemplo, tras la crisis económica de 2008 hubo un gran exceso de producción que el propio mercado chino no pudo absorber y supuso una importante disminución de su PIB, en la medida que el comercio exterior de China estaba focalizado a Estados Unidos, la Unión Europea y otros países occidentales, mayoritariamente. Por ello, el proyecto OBOR también tiene por objeto el conseguir diversificar los mercados con los que comercia China, para no ser tan dependiente de los mercados europeos y americanos (Junxian & Yan, 2016, p. 108).

Las regiones elegidas, aparte de los Estados de la región de Asia-Pacífico, son África, donde China ya tenía una importante presencia; Oriente Medio, aprovechando que es territorio de paso en las vías comerciales con Europa; y, sobre todo, Asia Central. La lectura de numerosas fuentes refleja la importancia que tiene este territorio en la búsqueda de nuevos destinos comerciales para China, en la medida que es una zona aún sin explotar por las dificultades que existen, tanto a nivel político como físico. A nivel político, es una región en la que los regímenes gobernantes son, mayoritariamente, autoritarios o totalitarios, muchos de ellos descendientes de la antigua Unión Soviética. Esto implica que son muy reticentes a las propuestas y exigencias de Occidente, y estos últimos, a su vez, respetan la antigua zona de influencia de Rusia. Sin embargo, China,

como régimen no democrático y gracias al sistema de préstamos que ofrece sin condiciones, independientemente del sistema político y otros elementos, tiene la facultad de llegar fácilmente a acuerdos con esos países, ampliando enormemente el abanico de países para exportar y para desarrollar infraestructuras (Cau, 2018, p. 49).

Como se puede observar, el ambicioso proyecto OBOR podría erigirse como la cúspide del largo proceso de modernización y crecimiento por el que ha pasado China en las últimas décadas, que busca dar un toque de atención a la comunidad internacional y reclamar su posición como nueva superpotencia. De hecho, este proyecto es solo una muestra más de la agresiva política exterior china que tiene por objeto erigirse como una potencia referente en el orden internacional y aumentar su área de influencia. Parece ser que Xi Jinping ha decidido que ha llegado el momento de poner en práctica la famosa frase de Deng Xiaoping: “Esconde tu fuerza y espera tu momento”. Actualmente, el poder económico y militar de China es tan inmenso que le ha permitido alcanzar a las grandes potencias, e incluso se espera que pronto supere a de Estados Unidos en el ámbito económico, dada la constancia de su crecimiento económico (Junxian & Yan, 2016, p. 107-112).

Sin embargo, el gigante asiático carece de los grandes bloques geopolíticos propios que tienen Estados Unidos y Rusia como resultado de la Guerra Fría, y China está buscando crear el suyo propio de una forma activa. Esta última cuestión es uno de los elementos que justifican la intervención constante de China en África desde la década de los 90, que se ha intensificado en los últimos años. Ahora busca ampliar y fortalecer su área de influencia por Asia, donde tanto Rusia como Estados Unidos tienen importantes aliados. Solo de esta forma podrá China volver al lugar que le pertenece como potencia mundial y regional y extender, así, su exitoso modelo de desarrollo e ideología a los Estados vecinos (Heiduk & Sasaki, 2019, p. 94).

Para ello, China ha incluido al proyecto OBOR en su Agenda Nacional, de forma que ha desarrollado en los últimos años un entresijo de empresas, fondos de inversión y ofensiva diplomática de gran envergadura, de cara a asegurar el éxito del proyecto (Wenjuan 2016, p. 430-432). De hecho, para poder analizar sus implicaciones geopolíticas a corto y largo plazo, así como para dar respuesta a las demás preguntas de investigación planteadas a lo largo del presente trabajo, es necesario analizar el

documento publicado en enero de 2021 por el State Council Information Office of the People's Republic of China, *China's International Development Cooperation in the New Era*. En este documento se dedica un apartado específico a la cooperación en torno al proyecto OBOR y otras cuestiones de cooperación internacional relevantes para China, lo cual permitirá realizar un análisis más detallado de los posibles objetivos reales chinos detrás del proyecto OBOR. Aunque, en su mayoría, el documento está enfocado a la más pura propaganda, sí que hay algunos elementos que son de interés de cara al análisis de las implicaciones geopolíticas y del tipo de poder que está ejerciendo China que se realizará en los siguientes apartados.

Este documento resalta lo ya contribuido por China al proyecto OBOR a través de préstamos de financiación, asesoramiento, infraestructura... A su vez, realiza una breve enumeración a lo largo de todo el apartado de los diferentes proyectos que hay en marcha y aquellos que ya se han acabado, así como los beneficios que traen a los Estados que afecta geográficamente. En este punto encontramos el primer elemento a destacar, y es que China, como es normal por otra parte, únicamente se enfoca en los elementos positivos, especialmente en el beneficio mutuo, la cooperación y la interdependencia. Al igual que el discurso oficial de las autoridades chinas, este documento se enfoca en la doctrina de *Peaceful Development* para analizar la situación actual del proyecto y sus objetivos futuros a corto plazo.

Los objetivos que describe el informe oficial son los siguientes: en primer lugar, favorecer una cooperación política basada en la confianza mutua y la integración de intereses, para lo cual prevé la creación de foros de debate sobre el proyecto OBOR para la delimitación de estrategias comunes por parte de los países participantes, así como la creación de oportunidades para la integración regional, tanto a nivel económico como comercial. En segundo lugar, conectar los diferentes corredores comerciales, impulsar la construcción de puertos para permitir la expansión de la ruta marítima y ampliar el tráfico aéreo en la región asiática y africana. En tercer lugar, promover el libre comercio y, por último, profundizar en la integración financiera de los países participantes, a través de la innovación de los sistemas ya existentes y la creación de plataformas de cooperación de carácter financiero, que serán estudiadas más minuciosamente en el

próximo apartado (State Council Information Office of the People's Republic of China, 2021, p. 20-24).

Como se puede observar, la intención de China para los próximos años es impulsar el proyecto *One Belt, One Road* en todas sus vertientes, y asegurar que los países que ya están participando en ellos lo sigan haciendo a través de una mayor integración y otorgándoles más “poder” a través de programas de entrenamiento de sus profesionales y de foros de discusión para la planificación de los proyectos y las estrategias. Sin embargo, hay dos elementos comunes en todos ellos que llaman la atención significativamente. Por un lado, que hace referencia en varias ocasiones, y únicamente, a los países en vías de desarrollo, como Myanmar, Laos, Pakistán y otros países africanos y de la región de Asia-Pacífico. Por otro lado, destaca el peso que tiene la política exterior china con relación al OBOR en Estados del Sudeste Asiático, más concretamente. La impresión que da este documento es que China intenta terminar de involucrar a muchos de estos Estados en el proyecto, hasta tal punto que no haya vuelta atrás debido a la inversión realizada o a las deudas con China. En cualquier caso, cuanto más se involucren los países del Sudeste Asiático y más avance el proyecto, menos influencia tendrá Estados Unidos en la región hasta el punto de que aliados como Japón y Corea del Sur podrían cambiar su política y participar en el proyecto para aprovecharse de los enormes beneficios que conlleva, aparte de para no quedar relegados a un segundo plano si la esfera comercial y de influencia china avanza en demasía.

A su vez, tampoco hay que ignorar el hecho de que este *White Paper* oficial chino se refiera en varias ocasiones a los países en vías de desarrollo como principales objetivos de su política exterior a corto plazo en relación con el OBOR. En torno a esta cuestión hay varias explicaciones posibles, pero a los efectos del presente trabajo hay dos que son clave para determinar el avance de la influencia de China en la región de Asia.

En primer lugar, el hecho de que sean países en vías de desarrollo supone que sean más vulnerables a las ofertas chinas, en la medida que necesitan fondos para desarrollar sus proyectos nacionales y hacer crecer el país a nivel económico. Esta situación les hace víctimas perfectas del régimen chino, que tienen los medios económicos para prestar la

financiación que necesitan mientras que, simultáneamente, consiguen contratos para que sean las propias empresas y trabajadores chinos los que desarrollen el proyecto.

En segundo lugar, la mayoría de los Estados que se mencionan son países que, tradicionalmente, no se han asociado a ningún bloque en específico de la guerra fría, como, por ejemplo, Pakistán, Mozambique, Bangladés... Sí que es cierto que Estados Unidos o Rusia pueden tener mayor o menor influencia, como es el caso de Myanmar o de los países de Asia Central, pero, en general, no están vinculados a ninguna esfera de influencia y se encuentran en una situación idéntica a la que se encontraba China hace unas décadas. En resumen, son la oportunidad perfecta para China de crear su propia área de influencia y de ganar importancia en las organizaciones internacionales, aunque sea a base de comprar votos a cambio de financiación, infraestructuras o asesoramiento, al tiempo que expanden su cultura, ideología, comercio e, incluso, infraestructuras críticas en esos países.

En definitiva, la parte operativa del proyecto ya está en marcha, y tiene a un número considerable de Estados que estarían interesados en participar del mismo, pero que, a su vez, recelan de las posibles intenciones ocultas de China y de sufrir una mayor dependencia del gigante asiático (Junxian & Yan, 2016, p. 116). Como se ha podido observar, esas intenciones son una realidad más que tangible, especialmente para los Estados en vía de desarrollo más próximos al gigante asiático y más vulnerables a las promesas chinas de financiación, infraestructuras y crecimiento económico. En los próximos apartados, se analizará el tipo de poder que está ejerciendo China a través de esta influencia económica, así como las implicaciones geopolíticas que están teniendo estas políticas y este incremento de influencia china en Asia.

7.2. China y la financiación del proyecto: ¿Intereses comerciales o una forma de *soft/smart power*?

Los grandes proyectos económicos y comerciales, como el OBOR, han despertado tradicionalmente un fuerte escepticismo, puesto que, en última instancia, los medios materiales y financieros, así como el consenso necesario para llevarlos a cabo, son muy difíciles de alcanzar. Sin embargo, China ha mostrado una gran predisposición a convertirse en el principal mecenas del proyecto, lo cual ha generado una reacción en cadena que ha permitido una gran aceptación a nivel internacional y que muchos

Estados aporten su contribución al proyecto. En este sentido, China ha creado/utilizado grandes fondos de inversión y otros organismos financieros que otorgan los enormes préstamos necesarios para su desarrollo, a través de los cuales los distintos Estados interesados pueden participar en el proyecto. Entre ellos destacan: el Asian Infrastructure Investment Bank (AIIB), el New Development Bank (NDB), el reformado BRICS Bank, China Development Bank y el Silk Road Fund (SRF) (Cau, 2018, p. 41).

De todas ellas, la más relevante con diferencia es el Asian Infrastructure Investment Bank, puesto que es la institución financiera internacional propuesta por el gobierno de China al mismo tiempo que el OBOR, como un banco para el desarrollo enfocado en dar préstamos para proyectos de infraestructura en Asia, aunque posteriormente se extendería a otros Estados. Se puede decir que estas dos iniciativas son interdependientes, puesto que, desde su creación, ha aportado la principal fuente de financiación para la construcción de los primeros pasos del OBOR, como, por ejemplo, el corredor chino-pakistaní y el puerto de Melaka en Malasia (Cai, 2018, p. 834).

Además, el AIIB es considerado por la literatura académica como un rival regional al Fondo Monetario Internacional y otros organismos regionales creados por el bloque occidental (Estados Unidos, Japón, Australia etc.). De hecho, a pesar de que fue propuesto por el propio Xi Jinping, el AIIB ha tenido un gran impacto a nivel mundial, como bien se puede observar en la [Web oficial](#)⁶ de la organización. Cuenta con la participación de prácticamente todo el continente asiático y Oceanía, con la excepción de Japón y Corea del Norte. Además, también se puede observar una participación generalizada en Europa, región que usualmente va a la cola de Estados Unidos en el ámbito internacional. Aunque Estados Unidos y América Latina no participen y la participación en África sea mínima (recordemos que China ya tiene una influencia significativa en esta región), este proyecto puede considerarse un éxito absoluto en términos de Soft Power, en la medida que ha atraído a una gran cantidad de Estados a contribuir a un proyecto *Made in China*.

La naturaleza de la organización y su percepción como un rival directo de las instituciones occidentales es lo que ha generado un mayor recelo respecto de los

⁶ <https://www.aiib.org/en/about-aiib/governance/members-of-bank/index.html> (Consultada por última vez el 15/01/2021)

objetivos geopolíticos que China pretende alcanzar a través del OBOR. Es necesario tener en cuenta que las relaciones entre el Fondo Monetario Internacional y China nunca han sido del todo favorables, en la medida que, por un lado, el FMI ha exigido a China la implementación de reformas económicas y de deudas que no han sido afrontadas por el gigante asiático, y, por otro lado, China lleva años exigiendo la modernización del FMI, de forma que a las potencias emergentes del siglo XXI se les reconozca el papel fundamental que tienen en la geopolítica global (Cau, 2018, p. 41).

Además, si se analizan los datos publicados en la Web del AIIB⁷, China aporta un 31% del presupuesto y dispone de aproximadamente el 26% del poder de voto, cifras muy altas si se comparan con los demás. Como ejemplo meramente ilustrativo de este factor, se puede observar cómo la India es otro de los miembros que más colaboran y poder de voto tienen, y no supera el 10% de participación. La gran mayoría de Estados ni siquiera llega al 1%. En definitiva, aunque se trate de una organización internacional de carácter regional con una gran participación externa, se puede concluir que China es su mayor partícipe, lo cual muestra el gran interés que tiene en que el proyecto siga adelante y no dependa de la financiación de terceros.

Sin embargo, hay que destacar el gran acierto de Beijing en la creación del AIIB, puesto que, si bien el proyecto OBOR ha sido acogido por la gran mayoría de países con un gran escepticismo, el AIIB ha recibido un mayor apoyo de la comunidad internacional. Por un lado, los Estados en vías de desarrollo consideran que es una oportunidad para impulsar su crecimiento económico. Por otro lado, los desarrollados lo ven como una oportunidad comercial y geopolítica. En cualquier caso, el principal factor que lo diferencia del proyecto OBOR *per se*, aunque ambos sean en realidad las dos caras de una misma moneda, es que el AIIB es una institución multilateral en el que todos los Estados participantes tienen poder de decisión conforme a la aportación económica realizada, aunque al final China sea la que más porcentaje posee por su alta implicación (Cai, 2018, p. 842).

La segunda institución más relevante para este trabajo es el Silk Road Fund, que es una iniciativa financiada única y exclusivamente por China a través del Banco de

⁷ <https://www.aiib.org/en/about-aiib/governance/members-of-bank/index.html> (Consultada por última vez el 15/01/2021)

Desarrollo de China, del Banco de Importaciones y Exportaciones de China, y de la Corporación China de Inversiones etc. (Wenjuan, 2016, p. 430-432). En la [Web](#) oficial⁸, se puede observar cómo los objetivos y fines de esta entidad se corresponden con la ideología china de “Crecimiento Pacífico”. En este sentido, se hace especial hincapié en que la iniciativa “sigue una filosofía de apertura, inclusión y beneficio mutuo”.

La combinación del proyecto *One Belt, One Road* y la presencia de instituciones financieras, con una participación tan fuerte de China es lo que provoca que exista un debate académico encarnizado sobre los verdaderos objetivos de la potencia asiática. El hecho de que China haya creado una entidad financiera como el AIIB, que rivaliza con el propio FMI al tener, ya no solo una alta participación a nivel global, sino también porque da a sus miembros la importancia que les corresponde según su contribución y papel en la geopolítica global, es lo que levanta sospechas, principalmente en el bloque Occidental, sobre las intenciones finales de China. De hecho, es más que plausible la posibilidad de que China esté silenciosamente construyendo un nuevo orden internacional paralelo al impuesto por Estados Unidos tras el final de la Guerra Fría. Al igual que la iniciativa del Movimiento de Países No Alineados, creado durante el trascurso del conflicto entre la URSS y EEUU con el objeto de tener una alternativa a la pertenencia a uno de los bloques, China podría estar creando de cero una alternativa, controlada por el gigante asiático, que toma como inspiración el sistema americano del *Washington Consensus* (Cau, 2018, p. 42).

En este sentido, el propio Ministerio de Exteriores de China plantea el proyecto One Belt, One Road como la forma que tiene el gigante asiático de promover el desarrollo económico en Asia y África, creando un mundo pacífico basado en la cooperación mutua y en la interdependencia (Ministerio de Exteriores de China, 2015). Como se puede observar, una vez más se alinean los objetivos propuestos para el proyecto en particular con la política exterior china, que podría describirse como un imperialismo silencioso y camuflado. En este sentido, la creación de un Consenso de Beijing regido por la doctrina de “Crecimiento Pacífico” defendida por los líderes chinos podría ser el objetivo geopolítico final que pretende conseguir China a través del *Soft o Smart Power* que

⁸ <http://www.silkroadfund.com.cn/enweb/23775/23767/index.html> (Consultada por última vez el 15/01/2021)

representa este proyecto, y cuya determinación es uno de los principales objetivos de este Trabajo de Fin de Grado.

Respecto de los bancos de préstamos para la construcción de las infraestructuras necesarias para el proyecto, especialmente el AIIB, se pueden considerar como un mecanismo de *Smart Power*, más que de *Soft Power*. Si profundizamos en las razones detrás de esta afirmación, es necesario tener en cuenta que, si bien por un lado son organismos financieros cuyo único objeto es conceder préstamos a los Estados participantes para impulsar el proyecto OBOR, hay que recordar que dichos préstamos deben ser devueltos al prestamista. En este sentido, los principales Estados que reciben este tipo de ayuda son países en vías de desarrollo, en los que la estructura institucional y económica es muy frágil y que a menudo están bajo regímenes autoritarios o totalitarios en los que la corrupción es la regla habitual.

Además, a este factor hay que sumarle la gran ventaja que tiene el programa de desarrollo chino para los gobernantes de esos Estados, la cual le permite ser enormemente eficaz atrayendo a este perfil de países a su esfera de influencia. Esta ventaja no es ni más ni menos que un modelo puramente económico, sin condiciones políticas o de valores. Para China, la democracia, los Derechos Humanos, la sostenibilidad política y las reformas para paliar la corrupción no son un requisito fundamental para la concesión de ayudas, como sí lo son para Occidente (Cau, 2018, p. 63).

A priori, esta circunstancia es un *win-win* para China y los Estados que piden los préstamos. La primera, ha encontrado en este ámbito un nicho sin explotar donde desarrollar sus políticas de *Smart Power* y ganar así influencia respecto a Occidente. Los segundos, han encontrado un medio de impulsar y generar crecimiento económico sin necesidad de abordar las, en ocasiones, inabarcables reformas políticas e ideológicas que exige Occidente (Cau, 2018, p. 63). Sin embargo, en última instancia, los préstamos concedidos para el desarrollo de infraestructuras no son para nada beneficiosos para el prestatario, en la medida que, por un lado, una buena parte de esos fondos suelen utilizarse para el enriquecimiento personal de los líderes políticos de esos Estados y, por otro lado, los encargados de desarrollar esos proyectos son trabajadores chinos, no locales (Ghitis, 2018).

En definitiva, China nunca pierde con este sistema de “ayudas” a través de préstamos, como bien se ha podido observar en numerosos países de África y Asia, conforme a lo enumerado por Frida Ghitis en su artículo. Los más representativos para este trabajo son los ejemplos de Malasia, Pakistán y Sri Lanka, en la medida que son los Estados donde se han desarrollado y se están desarrollando las primeras fases del proyecto OBOR. Malasia y Pakistán, por su parte, han entrado en una espiral de deuda que no son capaces de pagar. En el caso de Malasia, el nuevo gobierno se ha visto obligado a cancelar una gran cantidad de proyectos de infraestructuras financiadas por China. En el de Pakistán, la deuda con China está comprometiendo la propiedad de varias plantas de energía y otro puerto, dando lugar a una situación crítica. El caso de Sri Lanka es más representativo del riesgo que supone aceptar los préstamos chinos sin capacidad suficiente para devolverlos. En este sentido, este pequeño país de la región de Asia-Pacífico ha tenido que ceder a China el puerto clave de Hambantota, lo cual ha creado una alarma importante en los países vecinos (Ghitis, 2018).

A este modelo, que comenzó a verse en África y que ahora se ha trasladado también a la región de Asia-Pacífico se le conoce como *debt-trap diplomacy*. En él, los países solicitan préstamos a China para promover el crecimiento económico en su territorio y posteriormente entran en bucles de deudas que permiten a China a ganar influencia política e incluso obtener la propiedad de infraestructuras clave como puertos, carreteras etc. (Ghitis, 2018, p. 1-2).

Por este motivo, y por mucho que los políticos y diplomáticos chinos defiendan que es una forma de generar beneficios económicos para ambas partes, todos los Estados, pero especialmente aquellos que por su situación económica, política o social sean más vulnerables, han de mostrar la máxima cautela a la hora de comprometerse a este tipo de proyectos financiados por China. No es la primera vez, ni será la última, que un puerto clave para un país cae bajo el control de Beijing por no ser capaz ese Estado de pagar la deuda contraída a través de esta modalidad de préstamos. Por los motivos expuestos en los anteriores párrafos, se considera al AIIB y demás instituciones financieras como una forma de *Smart Power*. Recordemos que el propio Nye definía el concepto de *Smart Power* como “aquella estrategia que combina las herramientas de los otros dos poderes. Es decir, utilizar tanto los instrumentos militares y de coerción, como los económicos y

los culturales, en ocasiones para atraer, en otras para amenazar” (Nye 2009, p.160). En este supuesto, se trata de un caso claro de coerción económica, en el que Beijing ejerce su poder a través de los préstamos para conseguir controlar infraestructuras clave en territorios soberanía de otros Estados. Llegados a este punto, resulta imprescindible analizar las implicaciones geopolíticas y económicas del proyecto OBOR, con el objeto de determinar la estrategia de política exterior adoptada por China y estudiar las consecuencias que tendrá en el equilibrio de poderes en la región de Asia-Pacífico.

7.3. Implicaciones geopolíticas y económicas del proyecto *One Belt, One Road*.

El proyecto OBOR tiene grandes implicaciones a medio y largo plazo, tanto a nivel económico como geopolítico, especialmente para los Estados más débiles a nivel económico en Asia, Oriente Medio e incluso África (Khattak & Khalid, 2017, p. 3). Para todos estos países, el OBOR supone una oportunidad única de generar nuevos ingresos y buscar nuevas formas de sostener sus economías a través de la interdependencia y la proliferación del comercio. En este sentido, el proyecto OBOR contribuirá a reducir las barreras comerciales y los costes entre países que sean socios comerciales importantes. A su vez, abrirá nuevas rutas comerciales con Estados que actualmente se encuentran aislados (Rahman 2019b, p. 308), bien por su régimen, bien por su geografía.

Debido a esta naturaleza, el proyecto OBOR supone una amenaza para el orden internacional actual, sin que esté limitado a Occidente, sino que afecta, a su vez, a otros Estados como Rusia o India. Si bien es cierto que el objetivo del proyecto no es el intercambio de financiación económica a cambio de influencia a nivel geopolítico, no hay que olvidar que es una forma de inversión de la que China y otros socios desean obtener un beneficio (Cau, 2018, p. 49). Esta ganancia es, en su mayor parte, de carácter económico. Sin embargo, para China la iniciativa es de gran importancia, a su vez, a nivel geopolítico y de política tanto interna como externa, en la medida que, como bien se ha expuesto en los apartados anteriores, es una forma de solucionar varios de los problemas que asolan a China a nivel nacional (desigualdad entre el este y el oeste del país, exceso de productos para exportar, demasiada dependencia comercial en Occidente) y a nivel internacional (ganar una mayor relevancia en organizaciones

internacionales, conseguir influencia en los Estados vecinos en Asia en detrimento de Estados Unidos.

Todos estos aspectos son bien conocidos en la comunidad internacional, y son la causa por la cual existe un gran recelo hacia las intenciones de China, lo cual compromete en gran medida el futuro éxito del proyecto OBOR. Esta situación ha provocado una respuesta contundente del gobierno chino a nivel diplomático. El propio Xi Jinping ha tenido que reiterar en numerosas ocasiones que el proyecto OBOR no es una herramienta de carácter geopolítico, sino que es una forma de complementar el *status quo* actual al tiempo que respeta los “tres no”: no interferencia en los asuntos internos de otros Estados, no buscar áreas de influencia y no buscar la hegemonía (Cau, 2018, p. 49). A su vez, China ha defendido ante los demás países participantes la política del beneficio mutuo a través de la construcción de infraestructuras como principal factor de atracción al proyecto (Rahman, 2019b, p. 318).

Los hechos, sin embargo, aconsejan desconfiar de todas estas palabras y buenas intenciones. Al mismo tiempo que el presidente chino enumera los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica, defiende que el proyecto OBOR es una forma de continuar con la expansión de la globalización y el libre comercio, y llama a las potencias emergentes y demás países en vías de desarrollo a reformar el orden internacional actual, regido y creado por Estados Unidos y que, según Xi Jinping, ha sido la causa de la mayoría de los problemas y conflictos que siguen vigentes en la actualidad (Cau, 2018, p. 49). En definitiva, Xi Jinping llama a reformar el orden internacional creado por Estados Unidos, eminentemente liberal, proponiendo uno nuevo en el que las potencias emergentes y países en vías de desarrollo tengan un mayor peso. Es decir, está utilizando el proyecto OBOR como vía para difundir los valores internos de China. Si atendemos de forma estricta a lo expresado por sus autoridades y lo que recogen la inmensa mayoría de sus académicos, dichos valores estarían basados en el confucianismo, en la idea del *peaceful development* y de la creación de un mundo en armonía, en el cual China utilice medios no bélicos para conseguir sus intereses (Rahman, 2019b, p. 312).

Todos estos principios que defienden los dirigentes chinos en el seno del proyecto OBOR, aludiendo a su cultura e ideología, sin embargo, no son más que una forma de buscar legitimación para esta iniciativa, en la medida que los Estados en los cuales se

van a desarrollar las principales fases del proyecto necesitan una justificación con la cual vendérselo a su población (Rahman, 2019b, p. 315). Sin embargo, también es una forma de expandir su forma política a países con democracias frágiles o en los cuales las organizaciones internacionales de índole Occidental han tratado de implantar la democracia, el respeto por los Derechos Humanos y otros principios de orden liberal, que no es ningún secreto que son despreciados por China.

Como se ha explicado en el apartado anterior, China es la alternativa para muchos Estados frágiles o autoritarios que no quieren o no pueden cumplir con las condiciones, a nivel de valores, que exigen organizaciones como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional para prestar ayuda financiera. En este sentido, China tiene una herramienta poderosa de poder a su favor, en la medida que no impone condiciones a las ayudas que presta (Rahman, 2019b, p. 318-320). De esta forma, China se erige como el Estado “bueno”, que no trata de ganar influencia ni de extender su modelo en los demás países en vías de desarrollo a través de la condicionalidad que sí que impone Occidente. De esta forma, estos Estados pueden conseguir un mayor crecimiento económico sin necesidad de realizar reformas políticas, lo cual, en muchas ocasiones, puede hasta resultar beneficioso para ellos, puesto que China únicamente se enfoca en las reformas económicas para la prestación de sus ayudas (Cau, 2018, p. 63).

Sin embargo, esa facilidad para prestar las ayudas también supone una mayor frivolidad por parte de los dirigentes de esos países a la hora de gastarlas, como bien se ha argumentado en el apartado anterior. El peligro de caer en la espiral de deuda China es real, y hay numerosos ejemplos en África, Asia e incluso Europa. Y es aquí donde recae la mayor parte del peso de la geopolítica que tiene el proyecto OBOR, en la medida que, cuando estas deudas no pueden ser cobradas de vuelta por China, aquellos proyectos donde se han destinado los fondos de los préstamos pasan a estar bajo el control del gigante asiático. El puerto del Pireo, en Grecia, o el de Sri Lanka, son solo algunos de los ejemplos más significativos, mientras hay varios países que ven como este resultado se acerca con algunas de las infraestructuras que han construido con los fondos chinos. Casualmente, en la mayoría son puertos en regiones clave para el suministro de energía de China y para su comercio.

Por otra parte, no se puede comprender el alcance de las implicaciones geopolíticas del proyecto OBOR sin analizar la pugna por la hegemonía en Asia entre las dos principales potencias a nivel mundial de la actualidad: China y Estados Unidos. Es conveniente realizar un pequeño análisis para determinar los objetivos a nivel geopolítico a los que puede aspirar China en la región de Asia-Pacífico a través del proyecto OBOR. En este aspecto, resulta muy interesante la postura de Enrico Cau, que señala que el enorme poderío económico de China, su nula condicionalidad y, especialmente, la perseverancia que muestran a la hora de finalizar sus proyectos de infraestructura son factores que están contribuyendo a reformular las alianzas políticas y económicas en la región del Sudeste Asiático (Cau, 2018, p. 64). Sin embargo, no está de más recordar, una vez más, que estos Estados no quieren caer bajo la esfera de influencia china, y recelan de sus intenciones ocultas, en la medida que con muchos de estos países tienen reclamaciones territoriales activas. En consecuencia, lo que nos encontramos en esta región es un sistema de alianzas híbridas, en las cuales estos Estados del Sudeste Asiático están buscando lograr un punto de equilibrio entre las oportunidades económicas que ofrece China y la seguridad a nivel militar que ofrece Occidente, con el objetivo de poder mantener su independencia de China en última instancia (Cau, 2018, p. 64).

En este aspecto, se puede afirmar que China ha realizado una jugada maestra a la hora de elegir el momento en el que lanzar el proyecto OBOR, en la medida que, en la actualidad, la ideología y el poder económico de Occidente está muy débil como consecuencia de la crisis económica de 2008 y de muchos desaciertos en el ámbito internacional por parte de Estados Unidos a lo largo del siglo XX. A esta debilidad endémica de Occidente en esta segunda década de siglo ha de sumársele la retirada de EEUU del ámbito internacional con el gobierno de Trump, que paralizó la estrategia de *Pivot to Asia* de Obama, que no era más que una medida para contener la expansión China, tanto a nivel económico como militar, en la región de Asia Pacífico. Como consecuencia, ahora nos encontramos una región altamente endeudada con China, con una fuerte dependencia a nivel político y económico con el gigante asiático, y todo porque ha sabido aprovechar su oportunidad y rellenar el vacío que ha dejado

Occidente, ya no solo en Asia y África, sino en el ámbito de las infraestructuras (Cau, 2018, p. 66).

Sin embargo, hay que puntualizar que no todo se reduce a la economía o geopolítica. El intercambio cultural e ideológico también se verá afectado en gran medida gracias a la gran interconexión del proyecto (Rahman, 2019b, p. 310). En este sentido, y como bien indica Nye, los intercambios culturales frecuentes e intensos también son una forma de soft power. De hecho, a largo plazo, pueden suponer grandes cambios en la política interna de un país (Nye, 2004, p. 46). Sin embargo, este intercambio cultural puede suponer un arma de doble filo para China, puesto que, si bien es cierto que es una forma muy efectiva de extender su área de influencia e intentar implantar su sistema político en otros países con gobiernos y economías más débiles, las ideas liberales de Occidente pueden penetrar con igual facilidad en su población. Este último razonamiento plantea innumerables preguntas y cuestiones que, si bien escapan del ámbito de estudio del presente trabajo, son dignas de mención. Y son, básicamente, sobre el nivel de control que tiene el gobierno chino para evitar que ese intercambio cultural de ideas que es inevitable cale en su población y amenace los cimientos de su sistema. Cabe preguntarse, en consecuencia, sobre cuál es el nivel de manipulación o convencimiento al que hay que llegar para que su población sea inmune a ese tipo de ideas. Y probablemente este factor sea una de las causas por las que existe reticencias en los países a los que se ha invitado al proyecto, puesto que temen que, en lugar de beneficio mutuo, sean de carácter unilateral.

8. Conclusiones.

El proyecto *One Belt, One Road* es, sin duda, el proyecto más ambicioso y a mayor escala de la historia reciente desde el Plan Marshall y, al igual que este, no solo se trata de un proyecto enfocado en el crecimiento económico y ampliación del mercado, sino que tiene una dimensión geopolítica y estratégica fundamental. Prueba de ello es la elevada implicación de China a través de la utilización de grandes fondos de inversión y otros organismos financiados por el propio país asiático para desarrollar los diferentes proyectos en los Estados interesados que participen en el proyecto. La creación de sus propias instituciones de financiación, como el AIIB ha sido un factor clave para la aceptación del proyecto por parte de numerosos Estados, puesto que, por un lado, los Estados en vías de desarrollo lo consideran una oportunidad perfecta de crecer a nivel económico, mientras que los desarrollados lo contemplan como una oportunidad comercial y geopolítica única.

Bajo esta premisa, no cabe más que concluir que China ha logrado una victoria muy significativa en la narrativa del proyecto de cara a su aceptación en el ámbito internacional, en la medida que ha logrado que países de todas las ideologías y continentes consideren que las oportunidades del proyecto son muy superiores a los beneficios. No obstante, los sujetos que no están sujetos a las limitaciones que impone la economía, como son los relativos al ámbito académico y militar, observan los numerosos riesgos de este proyecto y advierten sobre ellos. Algunos de ellos ya se están empezando a cumplir, principalmente en relación a la amenaza de entrar en una espiral de deuda infinita al no poder pagar los préstamos de infraestructura patrocinados por las instituciones financieras chinas, lo cual ha provocado que China pase a controlar infraestructuras claves, como puertos, aeropuertos e incluso plantas de energía.

En consecuencia, no resulta coherente apoyar el discurso oficial chino sobre la doctrina del crecimiento pacífico, que propugna una política de beneficios continuos para ambas partes. No se trata solamente de que China gane mayor influencia y poder económico y cultural en esos Estados, sino que también adquiere poder político e incluso, en ocasiones, provoca que los países pierdan soberanía al adquirir China el control sobre esas infraestructuras críticas. En este sentido, es necesario destacar que,

con este proyecto, el país asiático está buscando satisfacer sus necesidades de política tanto interna como externa.

Entre ellas, la más relevante es la de ganar una mayor relevancia en el ámbito internacional, y eso supone, como requisito previo, ser una potencia económica y militar, así como gozar de una esfera de influencia geopolítica significativa. La concesión de préstamos para la construcción de infraestructura y las promesas de un gran crecimiento económico a medio y largo plazo es el medio elegido por China para extender su influencia y sistema político y de valores a los Estados de su entorno. El Sudeste Asiático era el primer paso de este macroproyecto económico y geopolítico, y ya ha caído bajo el aplastante poder de la influencia china, que se erige como alternativa para muchos Estados frágiles o autoritarios que no pueden o no desean cumplir con las condiciones exigidas por Occidente para la concesión de ayudas.

En definitiva, no se trata de un mero intento de China de expandirse a nivel económico y comercial. Si se analizan y se evalúan los documentos oficiales chinos, la literatura existente y los primeros efectos que ya han empezado a apreciarse en la comunidad internacional, no se puede más que concluir que la comunidad internacional se encuentra ante un claro intento de cambiar el orden internacional existente. Es más, no se trata únicamente de una pugna por el poder económico y militar de una superpotencia emergente, sino de una lucha por determinar el sistema político y de valores que perdurará en el largo plazo: el sistema democrático representado por Occidente, o el autoritario y tecnócrata marcado por el gobierno chino. El proyecto *One Belt, One Road* es el primer paso del expansionismo chino, que busca extender su influencia y su sistema de forma silenciosa.

Una vez expuestas las principales conclusiones en relación con los objetivos geopolíticos y mecanismos que utiliza China en el proyecto OBOR se pueden realizar las apreciaciones de este trabajo respecto del marco teórico expuesto y su aplicación al proyecto y a la política exterior china. Es necesario recordar, en primer lugar, que el *Soft Power* es “the ability to affect others to obtain the outcomes one wants” (Nye, 2009, p. 160), a través de medios pacíficos que únicamente buscan atraer la libre voluntad del Estado objetivo. El *Hard Power*, por otro lado, es todo lo contrario, en la medida que su objetivo es forzar la voluntad del objetivo conforme a los intereses nacionales del país

que ejerce esta política. En este trabajo, se estudia la posibilidad de aplicar una figura intermedia al proyecto OBOR: el *Smart Power*, que es aquella estrategia que utiliza tanto instrumentos militares y de coerción, como los económicos y culturales, en ocasiones para atraer, en otras para amenazar.

Teniendo en cuenta estos conceptos, y en virtud del análisis realizado de la política exterior de China, resulta pertinente afirmar, en primer lugar, que la posibilidad de definir las mecánicas de poder de los Estados a partir de los conceptos de *Soft Power* y *Hard Power* acuñados por Nye a finales del siglo pasado ha quedado obsoleta. Es necesario estudiar la posibilidad de utilizar un concepto intermedio ante la aparición de las nuevas estrategias y técnicas de poder utilizadas por las potencias emergentes y los diferentes actores que conforman, en la actualidad, la sociedad internacional. En este sentido, en este trabajo se considera plenamente aplicable el concepto de *Smart Power*, en la medida que China utiliza su poder económico para forzar la voluntad de los países objetivo. A través de préstamos, ayudas etc., China consigue imponer sus objetivos geopolíticos e ideológicos a muchos de los Estados que se benefician de estas ayudas económicas, a pesar del enorme rechazo que genera en la población debido al perjuicio que genera la presencia china en esas regiones.

En consecuencia, el proyecto OBOR no puede ser considerado como una política de *Soft Power*, a pesar de que tiene una importante carga de esta mecánica de poder. No obstante, hay que recordar que las políticas económicas pueden ser utilizadas también para desarrollar políticas agresivas para la soberanía y bienestar de un Estado, que es lo que está sucediendo en este caso. Los gobiernos de los países objetivo se ven forzados a aceptar los préstamos y ayudas en las condiciones impuestas por China, en la medida que necesitan esos recursos económicos. Así es como el país asiático consigue sus objetivos geopolíticos en relación, especialmente, con la energía y otros recursos materiales, puesto que esas ayudas económicas son la llave de cambio para acceder a recursos o infraestructuras estratégicas de los países que las reciben. Si fuera una política de *Soft Power*, por un lado, el proyecto no generaría tanto rechazo ni recelo en la ciudadanía de estos Estados y, por otro lado, China no pasaría a apropiarse de infraestructuras críticas construidas con esos recursos en países como Indonesia o

Pakistán cuando no pueden devolver el préstamo previamente aceptado. Por estos motivos, no puede considerarse al proyecto OBOR como una política de *Soft Power*, en la medida que muestra elementos coercitivos que exigen la utilización de un concepto intermedio como es el de *Smart Power*, que ha sido el utilizado en este trabajo para realizar una aproximación crítica al proyecto *One Belt, One Road*.

En conclusión, la política exterior de China en relación con el proyecto OBOR no puede considerarse como una estrategia de *Soft Power*, sino que hay que aproximarse a ella con el respeto que supone el enfrentarse a una política de *Smart Power*, que utiliza elementos propios del *Hard Power* al igual que del *Soft Power*. China utiliza todas las mecánicas de poder a su disposición para conseguir sus objetivos geopolíticos y económicos. En consecuencia, es necesaria una respuesta firme y contundente que analice los riesgos que este tipo de proyectos suponen, ya no solo para los Estados concretos que participan en ellos, sino también para el mismísimo orden internacional y sistema de valores bajo el que vivimos en Occidente. La participación desde el ámbito académico es clave para ello, en la medida que puede adoptar una posición más neutral y centrarse en el análisis de los verdaderos objetivos de este tipo de políticas y calificarlos a nivel teórico. Por ello, las investigaciones como las realizadas en este Trabajo de Fin de Grado son imprescindibles a la hora de valorar el alcance, contenido y naturaleza de las políticas y estrategias de los Estados, que son las direcciones hacia las que han de dirigirse los estudios en el contexto del proyecto *One Belt, One Road*.

Bibliografía.

Aukia, J. (2019). Struggling for Recognition? Strategic Disrespect in China's Pursuit of Soft Power. *East Asia* 36, 305-320. <https://doi.org/10.1007/s12140-019-09323-9>

Bayles, M. (2020). Hard truths about china's "soft power". *The American Interest*, 15, 1-7. Recuperado de <https://search.proquest.com/docview/2404651477?accountid=34207>

Blanchard, J., & Lu, F. (2012). Thinking Hard About Soft Power: A Review and Critique of the Literature on China and Soft Power. *Asian Perspective*, 36(4), 565-589. Consultado el 18 de enero de 2021 en <http://www.jstor.org/stable/42704806>

Berndzen, A. (2017). The "Asia-pacific dream": Is China Using Economic Integration Initiatives as Ideological Weapons? On the Link Between Free Trade Agreements, Soft Power and "Universal Values". *Journal of China and International Relations*, 5(1), 1-34. DOI: <https://doi.org/10.5278/ojs.jcir.v5i1.1915>

Beston A. (2017). The Role of Soft Power in China's Foreign Policy in the 21st Century. *International Journal of Social Sciences & Educational Studies*, 3(3), 94-101. <https://doi.org/10.23918/ijsses.v3i3p94>

Bradsher & Nossiter 2015. In Nigeria, Chinese Investment Comes with a Downside. *The New York Times*. Consultado el 26 de febrero de 2021 en <https://www.nytimes.com/2015/12/06/business/international/in-nigeria-chinese-investment-comes-with-a-downside.html>

Britannica, T. Editors of Encyclopaedia (2017, July 11). Public diplomacy. *Encyclopedia Britannica*. <https://www.britannica.com/topic/public-diplomacy>

Cai, K. (2018). The One Belt One Road and the Asian Infrastructure Investment Bank: Beijing's New Strategy of Geoeconomics and Geopolitics. *Journal of Contemporary China*, 27(114), 831-847. <https://doi.org/10.1080/10670564.2018.1488101>

Callahan, W. (2015). Identity and Security in China: The Negative Soft Power of the China Dream. *Politics*, 35(3/4), 216-229. <https://doi.org/10.1111/1467-9256.12088>

Cau, E. (2018). Geopolitical Implications of the Belt and Road Initiative: The Backbone for a New World Order? *Contemporary Chinese Political Economy and Strategic Relations: An International Journal*, 4(1), 39–105. Recuperado el 24 de enero de 2021 de:

<https://search.proquest.com/openview/2397ed3a43d1e682c80432659c8db549/1?pq-origsite=gscholar&cbl=2042768>

Ding, S. (2008). To Build an “Harmonious World”: China’s Soft Power Wielding in the Global South. *Journal of Chinese Political Science*, 13(2), 193-213. DOI: 10.1007/s11366-008-9023-9

Dugué-Nevers, A. (2017). China and soft power: Building relations and cooperation. *Contemporary Chinese Political Economy and Strategic Relations*, 3(1), 71-101. Consultado el 17 de enero de 2021 en: <https://search.proquest.com/docview/1931961168?accountid=34207>

Gélvez, T., & Prieto, P. (2019). El poder inteligente de China y Rusia en Asia Central: El Oso y el Dragón en la nueva ruta de la seda. *Papel Político*, 24(2), 1–26. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.papo24-2.picr>

Ghitis, F. (2018). Grumbling Grows from Guyana to Australia Over China’s “Debt-Trap Diplomacy.” *World Politics Review (Selective Content)*, 1–4.

Glaser, B. & Murphy, M. (2009). Soft Power with Chinese Characteristics. En C. McGiffert (Ed.) (2009). Chinese Soft Power and Its Implications for the United States: Competition and Cooperation in the Developing World. *Center for Strategic & International Studies (CSIS)* (pp. 10-27). Washington: Center for Strategic and International Studies. Recuperado en abril de 2021 de: https://csis-website-prod.s3.amazonaws.com/s3fs-public/legacy_files/files/media/csis/pubs/090403_mcgiffert_chinesesoftware_web.pdf

Guo, C., Degterev, D. & Jieli, Z. (2019). Implications of “One Belt, One Road” Strategy for China and Eurasia. *Verstnik Rudn Internationals Relations* 19(1), 77-88). DOI: 10.22363/2313-0660-2019-19-1-77-88

Heiduk, F., & Sakaki, A. (2019). Introduction to the Special Issue—China's Belt and Road Initiative: The View from East Asia. *East Asia: An International Quarterly*, 36(2), 93-113. Doi: <http://dx.doi.org/10.1007/s12140-019-09312-y>

Jing, J. (2014). Chinese and Western Interpretations of China's "Peaceful Development" Discourse: A Rule-Oriented Constructivist Perspective. *Journal of China and International Relations*, 2(1). <https://doi.org/10.5278/ojs.jcir.v2i1.607>

Junxian, G. & Yan, M. (2016). China's New Silk Road: Where Does It Lead? *Asian Perspective* 40, 105-130.

Khattak, A. & Khalid, I. (2017). China's One Belt One Road Initiative: Towards Mutual Peace & Development. *Journal of Research Society of Pakistan*, 54(1), 1-20. Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/344327516_CHINA'S_ONE_BELT_ONE_ROAD_INITIATIVE_TOWARDS_MUTUAL_PEACE_DEVELOPMENT

Kurlantzick, J. (2007). *Charm Offensive: How China's Soft Power Is Transforming the World*. Binghamton: Yale University Press. Consultado en marzo de 2021 en: <http://www.nicoravanilla.com/uploads/2/4/1/1/24114923/kurlantzik2007.pdf>

Laurelle, M., & Peyrouse, S. (2012). *The Chinese question in Central Asia: Domestic Order, Social Change and the Chinese Factor*. Londres: Hurst & Co. Consultado en marzo de 2021 en: https://www.researchgate.net/publication/343893958_The_'Chinese_Question'_in_Central_Asia_Domestic_Order_Social_Changes_and_the_Chinese_Factor/link/5f46f184a6fdcc14c5c99b9c/download

Leaf, P. (2014). China's Charm Offensive: A Temporary, Tactical Change. *The Diplomat*. Consultado en marzo de 2021 en: <https://thediplomat.com/2014/12/how-long-will-the-veneer-of-chinas-charm-offensive-last/>

Li, X. & Worm, V. (2011). Building China's Soft Power for a Peaceful Rise. *Journal of Chinese Political Science/Association of Chinese Political Studies* 16, 69-89. DOI: 10.1007/s11366-010-9130-2

Liu, T. & Tsai, T. (2014). Swords into ploughshares? China's Soft Power Strategy in Southeast Asia and its challenges. *Revista Brasileira de Política Internacional* 57, 28-48. <http://dx.doi.org/10.1590/0034-7329201400203>

Los, R. (2018). US and China: Hard and Soft Power Potential. *International Studies. Interdisciplinary Political and Cultural Journal*, 22(1), 39-50. <http://dx.doi.org/10.18778/1641-4233.22.03>

Nye, J. (1990). Soft power. *Foreign Policy*, No. 80, pp. 153-171

Nye, J. (2006). Think Again: Soft Power. *Foreign Policy*. Consultado el 20 de febrero de 2021 en <https://foreignpolicy.com/2006/02/23/think-again-soft-power/>

Nye, J. (2009). Get Smart: Combining Hard and Soft Power. *Foreign Affairs*, 88(4), 160-163. Consultado el 14 de enero de 2021 en <http://www.jstor.org/stable/20699631>

Nye, J. (2020). Countering the Authoritarian Challenge: Public Diplomacy, Soft Power, and Sharp Power. *Horizons: Journal of International Relations and Sustainable Development*, (15), 94-109. DOI: 10.2307/48573639

Nye, J., Jisi, W., Rosecrance, R., & Guoliang, G. (2009). Hard Decisions on Soft Power: Opportunities and Difficulties for Chinese Soft Power. *Harvard International Review*, 31(2), 18-22. Consultado el 13 de enero de 2021 en <http://www.jstor.org/stable/42763291>

Sági, J., & Engelberth, I. (2018). The Belt and Road Initiative – A Way Forward to China's Expansion. *Contemporary Chinese Political Economy and Strategic Relations*, 4(1), 9-37, IX, XI. Consultado en febrero de 2021 en: <https://www.proquest.com/docview/2059606198?accountid=34207>

State Council Information Office of China. (2021). China's International Development Cooperation in the New Era. Consultado en enero de 2021 en: http://english.www.gov.cn/archive/whitepaper/202101/10/content_WS5ffa6bbbc6d0f72576943922.html

State Council Information Office of China. (2005). China's Peaceful Development Road. Consultado en enero de 2021 en: <http://www.china-un.ch/eng/zywjyh/t227733.htm>

Sun, Y. (2014). *Africa in China's Foreign Policy*. Washington, D.C: Brookings.

Rahman S. (2019a). China's Foreign Policy and its Choice for Cultural Soft Power: The Tools. *Social Change Review*, 17(1), 90–115. <https://doi.org/10.2478/scr-2019-0003>

Rahman, S. (2019b). Does the "Belt & Road Initiative" Possess Soft Power? *Contemporary Chinese Political Economy and Strategic Relations*, 5(1), 301-331, XI-XII. Consultado en enero de 2021 en: <https://search.proquest.com/docview/2264114556?accountid=34207>

Tai-Ting, T. (2019). Public Diplomacy: China's Newest Charm Offensive. En D. Johanson, J. Li & T. Wu (Eds.) (2019). *New Perspectives on China's Relations with the World: National, Transnational and Internacional*. *E-International Relations Publishing* (pp. 77-87). Bristol: E-International Relations. Recuperado de: <https://www.e-ir.info/publication/new-perspectives-on-chinas-relations-with-the-world-national-transnational-and-international/>

Walker, C. & Ludwig, J. (2017). From "Soft Power" to "Sharp Power": Rising Authoritarian Influence in the Democratic World. *National Endowment for Democracy*. Consultado en diciembre de 2020 en: <https://www.ned.org/sharp-power-rising-authoritarian-influence-forum-report/>

Wenjuan, N. (2016). Xi Jinping's Foreign Policy Dilemma: One Belt, One Road or the South China Sea? *Contemporary Southeast Asia* 38 (3), 422-444. DOI: 10.1355/cs38-3c

Zhao, Q. & Lei, W. (2015). Bluebook of Public Diplomacy: Annual Report on China's Public Diplomacy Development. *Hong Kong: Peace Book*.